

FACUNDO

CRITICA Y POLEMICA

Saul Taborda

SARMIENTO Y EL IDEAL PEDAGOGICO

Santiago Montserrat

Sarmiento y las Posibilidades de un Arte Nacional

Manuel Gonzalo Casas

FILOSOFIA DE SARMIENTO HOMBRE

Oscar Marcó del Pont

REVOLUCION Y CONTINUIDAD HISTORICA

SEPTIEMBRE Y OCTUBRÉ DE 1938

NUMERO 5

CORDOBA

Temario del Comunalismo Federalista

- I — La organización política vigente reclama y exige una revisión de los principios que la informan.
 - II — Dicha revisión debe proponerse como objetivo inmediato la reconstrucción de nuestra vida institucional de acuerdo a la voluntad histórica del pueblo argentino.
 - III — Nuestra voluntad histórica es la afirmación del pueblo argentino como continuidad de pasado, de presente y de porvenir, consolidada en una comunidad civil para todos los tiempos.
 - IV — Fieles a la voluntad operante en el pueblo argentino, propugnamos la instauración de un orden comunal federalista plasmado en las notas originales y auténticas de nuestra expresión.
 - V — El poder político del pueblo argentino debe definirse como un orden legal calculado para lograr el pleno desarrollo de las entidades que lo constituyen, para realizar el destino de todos los argentinos y para realizar el destino de todos aquellos extranjeros que acepten libre y responsablemente los derechos y los deberes que entrañan sus principios fundamentales.
- 9 — Es indispensable apresurar la plena instauración de la economía comunalista. De acuerdo a esta exigencia:
 - a) La tierra pública no es susceptible de apropiación privada.
 - b) La explotación de la tierra pública corresponde a los poderes constituidos y debe responder a un plan racional. Ahí donde esto no sea posible, podrá adjudicarse en la forma de la enfiteusis reformada.
 - c) Es lícito declarar la caducidad de las concesiones de tierras que se hayan otorgado en contravención a las leyes vigentes, así como las de aquellas cuyas condiciones no se hayan cumplido.
 - e) Es lícito declarar la caducidad de la propiedad privada de aquellas tierras que reconozcan gravámenes por deudas contraídas con institutos bancarios y de crédito del país, cuyos propietarios se encuentren en retraso de los pagos.
 - f) Es lícito declarar la caducidad de la propiedad privada de aquella tierra que se considere de utilidad pública.
 - g) Los productos del subsuelo pertenecen al país. Las comunas determinarán su forma de explotación.
 - h) Es lícito declarar la caducidad de las concesiones relativas a los productos del subsuelo que sean perjudiciales a la economía del país.
 - i) Todo monopolio privado es ilícito.
 - j) El régimen bancario y bursátil debe guardar íntima relación con los principios de la economía comunalista.
Consecuentemente, los bancos, los institutos de crédito y las bolsas argentinas operarán como auxiliares de la producción, de la industria y del comercio. Movilizarán el capital, ajeno a todo propósito de ganancia. Procederán, pues, reduciendo gradualmente el interés hasta llegar a su completa desaparición.
 - k) Los poderes constituidos tienen la obligación de dotar al país de un sistema propio de vías de comunicación, de transporte y de carga — líneas férreas, caminos, canales, puertos, telégrafos, teléfonos, aeronavegación, radio, flotas de navegación marítima y fluvial, etc — que responderá a un plan calculado para incorporar a la vida política, económica y cultural todas las regiones del territorio argentino.

PROPOSICIONES FUNDAMENTALES

POLITICAS:

- 1 — La comuna es la base esencial de nuestro federalismo.
La comuna es aquella forma de vida real y concreta definida como un acuerdo armónico y responsable del individuo con su medio social.
- 2 — Todas las comunas argentinas, tanto las ya existentes como las que se formen en lo sucesivo, integran, en igualdad de derechos, la estructura política del federalismo comunalista.
- 3 — De acuerdo al concepto de la comuna que queda expresado, el Estado del federalismo comunalista es una coordinación democrática sometida al contralor de las entidades constituyentes.
- 4 — En ningún caso y por ningún motivo el Estado federal tendrá facultades discrecionales. Todos sus actos estarán sujetos a la revisión por parte de las comunas.
- 5 — El Estado federal se constituirá por el voto directo de los consejos comunales.

ECONOMICAS - FINANCIERAS:

- 6 — El fondo económico del país se regirá por los principios de la economía comunalista. La economía comunalista reposa en el sometimiento de las fuerzas económicas al servicio de las comunas de modo que respondan a la satisfacción de las necesidades materiales, morales y espirituales de todos los argentinos y de todos los extranjeros aludidos en el punto V de este programa.
- 7 — El trabajo es la actividad que todo hombre pone al servicio de la comuna.
Es una obligación en cuanto debe cumplirse; es un derecho en cuanto la comuna debe facilitar todos los medios adecuados a su cumplimiento.
- 8 — Son funciones del trabajo:
 - a) Las que desempeñan todas aquellas personas dedicadas a los cargos públicos.
 - b) Las que desempeñan todas aquellas personas dedicadas a la producción de bienes materiales.
 - c) Las que desempeñan todas aquellas personas dedicadas a las actividades espirituales.
 - d) Las que desempeñan todas aquellas personas dedicadas a las actividades militares.

FACUNDO

CRITICA Y POLEMICA

Dirección y Administración: Avda. Colón 10 - Esc. 21 y 22
U. T. 6637 Córdoba - Rep. Argentina
Suscripción \$ 1.00 Número Suelto, 0.20

Director: SAUL TABORDA

Al cabo de estos principios, el general que firma y sus bravos han jurado no largar las armas de la mano hasta que el país se constituya según la expresión y voto libre de la República.

JUAN FACUNDO QUIROGA

Sarmiento y las Posibilidades de un Arte Nacional (*)

Por SANTIAGO MONTSERRAT

"Veo el remedo de la Europa y nada que me revele la América". — SARMIENTO.

Se nos pide una meditación sobre Sarmiento con motivo del cincuentenario de su muerte. Nada más oportuno, por cierto, que este homenaje que rinde hoy al prócer el pueblo de su patria. Nosotros pensamos que una meditación acerca de la vida y la obra del más grande de los argentinos debe empezar por un examen de conciencia de nosotros mismos. Si el primer deber del hombre consiste, precisamente, en serlo, el primer deber de una nación ha de ser tomar conciencia de los supuestos en que se asienta su personalidad histórica. Sarmiento alentó estas preocupaciones. Nos dió la clave para una interpretación de lo americano y especialmente de nuestra realidad criolla. Insuficiente o no, su talento perspicaz y robusto otorgó a la teoría un extraordinario valor de pervivencia. Repitémosla. Son muchos los historiadores y sociólogos que lo han hecho. Diríamos mejor: pulsémosla de nuevo. Pero ahora ya con un punto de vista crítico, acomodado al presente, para ver lo que hay en ella de lógicamente necesario e históricamente válido.

"Quien piensa lo más hondo, ama lo más alto". Este aforismo de Hölderling debe conducir al hombre argentino en la gran tarea de descubrirse a sí mismo. Hay que ahondar en la intimidad del alma nacional, ya que sólo por este camino es posible descubrir el ser que conforma la constitución íngenua del pueblo argentino.

He aquí una tarea en la que la historia puede ayudarnos maravillosamente. La Historia no es una cosa muerta, que se pueda hacer de ella un pasatiempo literario o un juego de anticuarios que sirva para llenar los ocios de sabios eruditos. Es un ejemplo vivo — no muerto — en cuyas tradiciones, renovadas constantemente por las generaciones

que se suceden en el tiempo, se encuentra el origen y el sentido de la vida presente. Hay que saber buscar en ella la línea de continuidad que une el pasado con el presente y que torna inteligible una sucesión temporal. Las preocupaciones de un presente se esclarecen en cuanto las ponemos en relación con los hechos del pasado. El pasado educa. Y esta actitud docente de la historia es la utilidad que rinde a la vida. "Abrevad vuestra alma en Plutarco — afirmaba, sentenciosamente Nietzsche — y atrevedos a creer en vosotros mismos creyendo en sus héroes".

Nuestro propósito es demostrar que Sarmiento es una de las manifestaciones más genuinas de la índole americana. Hemos elegido, para ello, un tema complejo y amplio, pero que sabremos sintetizar en la medida que lo exige la naturaleza de esta conversación. Indagar cuáles sean los supuestos de un arte nacional no es tarea fácil y se requiere cierta disposición previa para comprender su problemática. Pero si consigo llamar vuestra atención me daré por bien cumplimentado. Será, también, otra prueba del cálido homenaje que hoy rendimos al varón ejemplar de la República. A medida que un pueblo acrecienta su patrimonio moral, se hace más fuerte el interés que los hombres sienten por su pasado histórico. Las investigaciones sociales, artísticas, filosóficas hallan, entonces, en la historia nativa motivos propicios para la meditación auténtica, con lo que se consiguen dos cosas de la mayor dignidad: enriquecer la cultura propia y adiestrar la mentalidad indígena conforme a un estilo nacional. Sarmiento moviliza hoy la conciencia argentina y nos hace volvernos sobre nosotros mismos. Símbolos como éste son los que el país necesita, para que le ayuden a realizar el destino que se merece.

Ocurre en historia un hecho de significación

Conferencia pronunciada por el autor en la "Biblioteca Popular Vélez Sársfield", de Córdoba, el día 10 de Septiembre de 1938.

muy singular y es que a medida que se dilata el espacio que une el pasado con el presente, los hechos y los personajes que más vivamente han herido la sensibilidad de sus contemporáneos van adquiriendo una dignidad de mayor rango y una dimensión más honda. Descartada la teoría del grande hombre, por su falta de rigor histórico y subjetivismo excluyente, es indudable su verdad en cuanto ella reconoce implícitamente que en el grande hombre se encarnan los ideales y las esperanzas que mueven el corazón de las muchedumbres, amén de ver representadas en aquel las exigencias más urgentes de su tiempo. Pareciera que la historia se complace, en virtud de una legalidad inmanente, en ir tejiendo una envoltura de leyenda, es decir poética, en torno de los hombres y sucesos que de un modo más caudaloso y admirable han enriquecido su genio temporal. De esta manera ocurre que, así como en determinadas circunstancias, la leyenda se convierte en historia, la historia siempre parece revertir en leyenda, como si ésta fuese su hito originario.

Si nos trasladamos ahora al ámbito de nuestra historia nacional, de estrechos límites espaciales aunque henchida de vivacidad problemática, por lo que día a día acrecienta su interés para el investigador responsable, veremos que dos figuras de dimensiones dilatadas y firmes llenan, con la trascendencia de su acción y el vuelo de sus proezas, la esfera más sustanciosa de la historia nativa. A la estirpe de aquellos varones animados de genio heróico y voluntad indomable pertenecen Sarmiento y Facundo. Para el alma nacional son ya dos símbolos, en cuya intimidad y relación dialéctica subyace el "enigma de la revolución argentina". Y para que el vínculo que ata a ambos en el proceso de nuestra nacionalidad se haga más evidente, ahí está la vida de Facundo descrita e interpretada por el sanjuanino insigne; la vida en que se oculta todo el sentido americano de la revolución. El grito que angustiaba a Sarmiento: "Tú posees el secreto! Revélanoslo", también nos angustia a nosotros; a nosotros, que vivimos un presente acuciado por graves interrogantes. Sí. Aquel grito todavía resuena en nuestras vidas. El primer deber que se nos impone es lanzarlo nuevamente y acudir al llamado que la realidad oculta en el sugestivo simbolismo de Facundo ejerce sobre nuestros espíritus. Sarmiento sabía muy bien que el caudillo riojano significaba algo más que el "santo y seña de la muerte". Intuye genialmente que Facundo guarda la dirección recóndita de un destino popular, de raigambre autóctona, y pide que la interpretación se haga partiendo del fenómeno mismo y con un punto de vista adecuado a su naturaleza local. Esto mismo fué lo que se propuso Sarmiento al escribir su célebre panfleto, preñado de certeras intuiciones. Veo el remedo de la Europa, dijo, y nada que me revele la Améri-

ca. Y luego agrega: "Por esto nos es necesario detenernos en los detalles de la vida interior del pueblo argentino para comprender su ideal, su personificación".

Se anticipaba, así, a la actual historiografía. Cada ámbito cultural es un acontecimiento de historia y pueblo, dotado de plenitud concreta. Sólo en función de los elementos primordiales que lo informan puede hallarse el sentido de los hechos que ocurren en su esfera. A la manera de Sísifo, todo pueblo lleva sobre sus hombros la tarea de edificar su historia y su destino. Porque un pueblo es una totalidad de vida y de cultura. A través de la historia, el genio popular va elaborando con amorosa pasión, con su sangre y su fe, esta realidad de vida y de cultura, poniendo voluntad creadora en sus obras y realizando su destino conforme a leyes que responden a una necesidad interna. Nosotros admitimos una dialéctica de lo real, pero también reconocemos en el espíritu humano, en virtud de una propia virtualidad inmanente, la capacidad para aprehender valores y bienes ya culturalmente realizados y, desde luego, también para realizarlos. No será una libertad absoluta, pero al menos se trata aquí de determinaciones que no reconocen otra causa que el espíritu mismo. Si, por otra parte, los valores imponen su reconocimiento objetivamente, ello apenas si limita aquella libre actividad. Vida y cultura, pues, se corresponden mutuamente. A ambos términos del proceso histórico conviene un fondo permanente que hace al genio de la nacionalidad. Escindir esta mutua relación implica fracturar un orden humano y social y poner en peligro el destino de una comunidad.

Frente a un método histórico positivista y subjetivo, que se orienta simplemente por el interés de exhumar el pasado y exhibirlo a sus contemporáneos, se levanta la nueva historiografía, de base espiritualista y objetiva, que se propone estudiar los hechos históricos en función de totalidad con la vida de su tiempo. Parte del supuesto de que la cultura es un complejo de estructuras espirituales dotadas de sentido y cuya aprehensión sólo es posible por el método de la comprensión. Es fácil imaginar que con este nuevo punto de vista el historiador, sin independizarse de las preocupaciones del presente y ganando un mayor rigor científico y una verdad más objetiva, investiga el hecho histórico desde el ámbito cultural en que el suceso tiene lugar. Diríamos con Huizinga, que los hechos del pasado son vistos como realizados en la vida misma de su tiempo. A una actitud contemplativa, se opone una actitud histórica; al principio causal, se opone el sentido de lo histórico.

Ya tuvimos oportunidad de recordarlo. Toda forma de vida encarna en tipos fundamentales, que son algo así como las manifestaciones vivas y concretas de la manera de ser de un pueblo. Que

el arte más reciente se empeñe en expresarse por tipos y no por mitos, como lo hacía hasta hoy, es una clara evidencia de que el realismo artístico está más cerca del interés humano que el idealismo estético. Es claro que de lo que aquí se trata no es de un realismo visto en extensión, como el de Zola, por ejemplo, sino de un realismo comprendido en profundidad. Sólo un arte así conducido puede aspirar al rango de arte nacional. Los problemas contenidos en la experiencia histórica de una comunidad, son realidades concretas y escapan, en consecuencia, a una óptica visual abstracta o puramente subjetiva. El mito desenvuelve siempre un problema personal; tiene un contorno metafísico y un contenido ideal. A la inversa, el tipo posee dimensiones reales, que reflejan auténticamente una determinada situación del hombre en el mundo, esto es, en la historia de la cultura. "Si Cézane réduit le sujet, escribe Malraux, c'est pour s'exprimer lui même". (1) Dostoiewsky y Nietzsche se expresan por parábolas. Insistiendo en este punto de vista, es fácil establecer el curso genealógico del mito en el arte de Occidente. Es indudable la crisis de una disposición artística que durante tanto tiempo ha señoreado en el espíritu del hombre occidental. Dotado de una nueva concepción del mundo, que adviene como estructura interna de una nueva forma de vida histórica, el artista contemporáneo rectifica su pasado y se entrega con religioso fervor a la contemplación de la realidad, buscando la unidad perdida. Una voluntad de forma, henchida de resonancias clásicas, alienta hoy en las escuelas y el hombre es recobrado, así, en lo que tiene de más esencial y eterno: su categoría histórica. Tal sucede en el escritor marxista. El mundo es para él más valioso que sus teorías. Procede por hechos y no por afirmación. El tipo desplaza al mito. Se expresa por tipos y es a través de ellos que el lector toma conciencia de la realidad en que vive. Si el arte tiene que ser accesible a las masas, si las masas tienen derecho a la emoción estética, es preciso que el arte se inspire en motivos que se hallen íntimos en los hondones del alma popular. Las masas no pueden comprender un arte extraño a su propio sentimiento como pueblo y como historia. Este es el verdadero sentido que hay que atribuir al principio de que el arte nunca debe perder contacto con la vida, con la realidad misma de la vida, so pena de caer en lo artificioso y falso. No olvidemos tampoco que los grandes espíritus han salido siempre de las clases humildes. Es bueno recordar también esta fórmula de Jung: la obra de arte traduce una idea o un sentimiento arraigado inconcientemente en el alma de un pueblo, en una época determinada y que el artista revive mediante la intuición. No es Goethe el que ha hecho a Fausto; es más bien Fausto el que ha dado a las letras un Goethe.

El arte se resuelve siempre en una mera apariencia. No es ni puede ser otra cosa. Porque el ar-

te es creación; aunque no creación arbitraria, sino subordinada. Siempre subordinada a algo: bien sea a los hechos del mundo real o a los hechos internos de la persona del artista. El realismo en el arte no quiere decir — téngase ésto muy en cuenta — que el arte, a modo de un espejo, haya de reflejar exactamente la realidad de la vida, sino que el hecho real conquista supremacía sobre los problemas personales del autor. El artista tiene que estar metido en la obra de arte, porque de lo contrario, aquella perdería su valor estético fundamental. A mí me parece que el valor de la obra de arte consiste en saber interpretar el temperamento dramático de cada instante histórico, aprehendiendo en él lo que haya de más universal y humano. El artista que no revele estas condiciones en su labor creadora, no puede hacer obra imperecedera. Bien se comprende, entonces, que por el hecho de ser hombres tengamos que vérnoslas con un orden de cosas determinado, que nos impone una conducta e influencia nuestra mentalidad. Es inútil que muchos artistas se empeñen en violar esta ley inexorable.

La diferencia radical entre el idealismo y el realismo estéticos reposa en el hecho de que mientras el primero expresa la realidad vista a través de un temperamento, el segundo la toma por lo que tiene de más profundo y esencial. Esa realidad cambia constantemente, se modifica sin cesar debido al esfuerzo del hombre y de la cultura, pero hay en ella algo permanente que subsiste a pesar de todo cambio y que con tanto acierto define Ganivet como el espíritu territorial, pero que nosotros insistiremos en llamar el carácter nacional. Greco y Goya, que realizan su obra en épocas bien distintas coinciden, sin embargo, en el hecho de que ambos nos revelan lo español, como categoría imperecedera. Lo propio ocurre en todo grupo social dotado de vida histórica y es tarea del filósofo o del etnólogo descubrir cuál sea el rasgo íntimo de una cultura nacional.

Un realismo así entendido ofrece particulares ventajas para dilucidar los supuestos de un arte nacional. En primer término, resuelve sin mayores dificultades y de un modo favorable, la ardua cuestión de las relaciones entre el arte y la vida social. No se vea en ésto la tesis, fundamentalmente errónea, de que el arte deba perder su función específica, es decir, realizar los valores estéticos. Según la opinión autorizada de Aloys Müller, la obra de arte se vale de situaciones o asuntos, pero que el artista utiliza como medios y nunca como un fin. El arte no puede estar sino al servicio del valor estético, por lo que rechazamos definitivamente toda teoría que ponga el arte al servicio de fines extraños a su propia esencia. De acuerdo a estas ideas, un arte verdaderamente nacional debe expresar el fondo permanente que constituye el alma de un pueblo, con todas las modalidades que decanta en el decurso de su evolución histórica. Y a este fondo indígena

y peculiar, corresponderá también un estilo nacional, por aquello de que la forma varía siguiendo las exigencias de su contenido. Alfredo Vierkandt trae un ejemplo que aclara bastante aquel concepto del carácter nacional que apuntábamos más arriba. Por ser oportuno en este momento, lo transcribo a continuación: "Análogamente, entendemos por espíritu nacional de Inglaterra, por ejemplo, el peculiar estilo de conducta que pone de manifiesto todo inglés, aun en sus asuntos puramente personales. Este peculiar estilo no emana, empero, de las cualidades puramente personales de cada uno de los hombres sometidos a él, sino que su generalidad se explica tan solo por el hecho de que todos sus portadores, desde muy temprano, han sido influidos de la misma manera y dominados por las mismas fuerzas sobrepersonales: por consiguiente, lo que llamamos espíritu inglés no significa las peculiaridades medias de una cantidad de hombres aislados, independientes en su esencia unos de otros, sino el resultado de una causalidad unitaria que proviene del grupo considerado como un todo". (2) En otro respecto, pues, un realismo artístico como el de que estamos hablando, se caracteriza por ser capaz de expresar la fisonomía interna — espiritual y física — de una comunidad humana.

En tercer lugar, semejante voluntad de forma, que hunde su fuerza en la cálida carne del espíritu popular, puede aprehender todos aquellos elementos que hagan imperecedera la suprema tarea de la creación. Aquí se releva lo que ha de entenderse por valor clásico de una obra de arte. Podrán, con el tiempo, variar los criterios estimativos, pero el arte clásico se hallará siempre en condiciones de alimentar la savia de anhelos renovados. El verdadero sentido del clasicismo radica, no en el imperio de la norma, acatada sin examen; no en el canon objetivo a que se ajusta: radica en sus valores de universalidad. Pretendemos afirmar, ahora, que no hay nada más universal que el hombre. Son los problemas humanos, que se dan planteados por el hombre en su relación con los demás hombres y la presencia total de su tiempo, los que se hallan más cerca de todo modo de ser de un individuo, de un pueblo, de la humanidad. La virtud del arte clásico reposa, precisamente, en el hecho de que a través de cada una de sus obras se descubre la presencia de lo humano, con sus tormentos y sus alegrías, sus derrotas y sus glorias. Recuerdo aquí aquella novela de Huxley — "Un Mundo Feliz" — en que el autor se empeña en salvar el sentido humano en el hombre y no encuentra otro medio que el de poner en manos de **El Salvaje** las obras de Shakespeare. Y también recuerdo al Quijote. ¿Hay algo más español que el libro de Cervantes y no por ello menos universal?

Uno de los pensadores argentinos de mayor robustez intelectual, Juan Agustín García, se propuso una vez indagar las aristas más salientes del carácter nacional. "Creo, decía, que tres o cuatro sentimientos se destacan con bastante nitidez: la fe en la grandeza futura del país, el pundonor criollo, el culto nacional del coraje, el desprecio de la ley, que han sido los motivos de la voluntad social en esa época. El lector los percibirá animando todos los fenómenos; imprimiendo sus rasgos peculiares a la evolución de la sociedad y del derecho; incorporados al organismo físico individual de una manera permanente y definitiva, como los demás sentimientos comunes, la simpatía, la familia, el patriotismo. He tratado de marcar la huella del factor económico que influye de una manera tan activa en todas las manifestaciones de la vida social: en ciertos momentos soporta sólo el peso de la historia". (3)

Se me ocurre, sin embargo, que fué el genio intuitivo de Sarmiento quien los descubrió por primera vez en su "Facundo". En el capítulo más hermoso de su libro célebre, luego de analizar la originalidad y los caracteres argentinos, Sarmiento ha retratado con mano maestra los tipos más interesantes de la vida argentina de su tiempo: el baqueano, el rastreador, el gaucho malo, el cantor. En cuanto a la fe en la grandeza futura del país, el mismo la tuvo como ningún otro y fué el sueño que enardeció su lucha y lo devolvió para siempre al corazón de su pueblo.

En el famoso libro de Sarmiento, *Facundo* es ante todo un tipo humano, que su autor nos lo presenta a manera de un tipo general que puede designar cualquier estado de barbarie o de naturaleza, con civilización incipiente. Pero es más: *Facundo* aparece revestido, por la temeridad de sus propósitos y el brillo de sus hazañas, con todas las cualidades que hacen al héroe de las edades primitivas y que Valdemar Vedel estudia con penetrante sagacidad en su "Ideales de la Edad Media". Bárbaro, brutal, belicoso, materialista, valiente siempre; pero no hasta el punto de no poder afirmar que por encima de todas esas manifestaciones "se extiende un vapor azulado, un fresco rocío matinal". Algunas veces armado de la nobleza ingenua y de la humana virtud. Tal como conviene a todo héroe, al principio encarnado en un hombre de carne y hueso, que lleva a cabo acciones extraordinarias, temidas y admiradas por sus conciudadanos, pero al fin hombre excepcional, cuyas virtudes se encarga de exagerar la tradición, haciendo con ellas una figura simbólica, un mito.

¿De dónde le vienen al "Facundo" su poderosa voluntad de pervivencia y la irresistible fuerza evocadora? "Facundo", en el que alternan la "narración convencional y el relato verídico", es el drama de la tierra; no sólo argentina, sino ameri-

cana. Como ella, robusta y salvaje, el drama traduce, con pinceladas cálidas, a veces, con marcado acento de agua fuerte, otras, la poesía del instante y el fondo humano y físico permanente sobre el cual gira la historia nacional. Todo es grandioso: el escenario inmenso y sugestivo, la guerra civil, primitiva y frenética, el personaje central, cuyo perfil de inaudita prestancia contribuye a hacer más terrible su atractivo fascinador y, por último, el estilo de su biógrafo, cuya prosa va tallando en bloques firmes el trozo más vivo y ardiente de la historia patria. Contribuye también y no en poco, a este resultado, la imaginación, a ratos descabellada, de este genio telúrico que es Sarmiento. Y digo telúrico porque el autor de "Facundo" es inefable por esencia. Otros contemporáneos pueden igualarle como hombre de ideas y hasta aventajarle, pero como fenómeno humano no admite parangón: nadie le iguala, ni nadie le aventaja. Es un caso único, original. Parece un poder surgido de la tierra, con todas sus asperezas y torrentes, conocedor de sus secretos y dueño del destino de los hombres que la habitan. Su talla gigantesca, como hombre de acción y pensamiento, llena un siglo y quizá las generaciones que vengan lo denominen "El Siglo de Sarmiento". La naturaleza lo hizo en grande, ha dicho uno de sus críticos más eminentes.

Sociólogo intuitivo, historiador de perspicacia única, político y escritor por temperamento, en todo pone el sello inconfundible de su mentalidad robusta. Su vocación ingénita es atraída constantemente por los grandes hechos y personajes. Muchas veces me he preguntado por qué Sarmiento no escribió la biografía de Rosas, en lugar de la de Quiroga, puesto que contra aquel iba dirigido su admirable panfleto. Una explicación correcta podría ser ésta: Sarmiento no pudo sustraerse al influjo del héroe de las montoneras argentinas. En el caudillo riojano atrae poderosamente una vida de leyenda y heroísmo, concorde con el temperamento romántico del panfleto genial. En vano Sarmiento se empeñará en rebajar la figura del personaje, hasta identificarlo con el bandolero ladrón de vacas y prototipo del gaucho malo. Su pluma va configurando involuntariamente un héroe de prodigiosa envergadura, poseedor del secreto de las dos terceras partes de la historia de una nación. Y es que *Facundo* está en el cuerpo de Sarmiento, le lleva en su espíritu y corre por sus venas, como otra cualidad heredada a través de la estirpe nativa. "El genio llama al genio", decía Nietzsche, con entonación profética. Como *Facundo*, también Sarmiento da batallas, las gana o las pierde con denuedo viril y es capaz del gesto del caudillo de Los Llanos que contesta a Rosas, ante insinuaciones hipócritas: "Paz me ha batido en regla". Precisamente su temple de luchador sostenido sin desmayos, a pesar de todas las viscisitu-

des que hubo de soportar su vida, es uno de los rasgos más significativos de su personalidad múltiple. La hazaña de *Facundo*, que al frente de doscientos soldados sacados de Buenos Aires, da batalla en Chacón a los varios miles de hombres que constituyen el displinado ejército del general V. Castillo y los derrota, se parece, por la eficacia y el arrojo que implican, al gesto de Sarmiento que combate, él sólo, todo el poder político de una nación, hasta vencerlo mucho antes de la batalla de Caseros.

Esto explica también el calor con que abrazó el romanticismo, que fué en él, según el decir de Ricardo Rojas, más bien un modo de sensibilidad que una doctrina. Realizó su obra, extensa por cierto, sin que jamás le abandonara este fervor romántico. Su realismo vino más tarde, después de pasar por la escuela de Saint Simon, al entregarse, también con romántica apostura, al credo positivista que lo halló realizado en los Estados Unidos.

"Facundo" representa entre nosotros el primer intento serio de una demopsicología y una filosofía de la historia aplicada al ámbito local, en base a un proceso dialéctico de ideas. Toda su primera parte está dedicada a estudiar el aspecto físico y social de la República Argentina, los caracteres psicológicos ingénitos del gaucho y el escenario indómito, espectador mudo y silencioso de sus atrevidas correrías. Con intuiciones dramáticas de vibrante colorido, la pluma de Sarmiento nos va revelando el majestuoso panorama indígena, constituido por el hombre y el paisaje natural. El método empleado para esta investigación y que le servirá después para desenvolver la dialéctica de su libro, remonta a Montesquieu y Guizot. Se anticipa a Taine con su teoría del medio. Fuertemente influido por las doctrinas de la época, Sarmiento trasladó las doctrinas en boga a su propio país y nos dió una clave para interpretar la realidad argentina, lo que explica en gran parte la pervivencia de su obra fundamental. Nosotros juzgamos hoy poco apropiado el sistema seguido por Sarmiento, si se lo compara con las recientes investigaciones apoyadas en un criterio inspirado en las ciencias culturales y aún en el materialismo histórico. Pero la preferencia que Sarmiento siente por los hechos de la historia y la acentuada trascendencia que asigna a la civilización y al hombre, lo hacen acreedor a la prolongada importancia que su obra reviste en la esfera de la cultura nacional. Sarmiento era un hombre de su tiempo y, como tal, manejaba un repertorio de ideas entonces plenamente justificadas. Por lo demás, su característica hispano fobia no le obsta para afirmar que es en los antecedentes de la madre patria donde hay que ir a buscar la continuidad de los problemas nacionales. Su rebeldía se significa, más bien, como la necesidad imperiosa de recti-

ricar muchos errores de España, no siempre solícita en acudir a colmar las exigencias de sus hijas. Negar a España hablando en español, le pareció a Unamuno algo así como una especie de paradoja vital, sólo comparable a las críticas que un español suele dirigir a su propia nacionalidad. Pero Unamuno no comprendió a Sarmiento, como tampoco lo entendió Menéndez y Pelayo. Sarmiento aspiraba al progreso de su pueblo. ¡tanto era el amor que por él sentía! y se daba cuenta que la realización de sus sueños no podía buscarse en la península, sumida en las hondas preocupaciones que le creara la más gloriosa de las derrotas que le es dado soportar a un pueblo en la historia.

“Y no creo, dice Henríquez Ureña, en la realidad de la querrela de Fierro contra Quiroga, Sarmiento, como civilizador, urgido de acción, atañeado por la prisa, escogió para el futuro de su patria el atajo europeo y norteamericano en vez del sendero criollo, informe todavía, largo, lento, interminable tal vez, o desembocando en callejón sin salida; pero nadie sintió mejor que él los soberbios ímpetus, la acre originalidad de la barbarie que aspiraba a destruir. En tales oposiciones y tales decisiones está el Sarmiento aquilino: la mano inflexible escoge; el espíritu amplio se abre a todos los vientos. Quien comprendió mejor que él a España, la España cuyas malas herencias quiso arrojar al fuego, la que visitó ‘con el santo propósito de levantarle el proceso verbal’, pero que a ratos le hacía agitarse en ráfagas de simpatía? ¿Quién anotó mejor que él las limitaciones de los Estados Unidos, de esos Estados Unidos cuya perseverancia constructora exaltó a modelo ejemplar? (4)

“Facundo” es un libro de unidad perfecta. Asombra, en verdad, que un escritor como Sarmiento, que trabaja para “otra cosa” que para la literatura y de cuya obra se ha llegado a sostener que se da en un “desorden genial” — en el desorden sistemático subyace el enigma que explica al genio — nos regalara este libro que en apretada síntesis traza el cuadro magnífico de la raíz y el destino de la vida nacional. Tal desorden genial se explica en gran parte si se piensa que la mayoría de nuestros pensadores y hombres de letras vivieron, durante casi todo el siglo XIX, dedicados a la acción, urgidos por las exigencias planteadas en torno al progreso material reclamado por el país. Muchos fueron los que sacrificaron la índole propia de su talento y se entregaron con poderosa fe y entusiasmo a los llamados de la patria. Fue el caso de Echeverría, a quien, según Don Alejandro Korn, “todo le sea perdonado por intercesión de *La Cautiva*”. Lo mismo ocurrió con el ilustre desterrado de Yungay.

Llegado a Chile por segunda vez, Sarmiento, que forja su propia estrela, tuyo que “levantar

uno a uno todos los andamios de su gloria, crearse el teatro, formar los espectadores para poder exhibirse enseguida”. Era una voluntad y una idea persistentes. Pero un hombre de acción antes que un hombre de ideas. Y esto, a pesar de los 52 volúmenes que forman sus obras completas y patentizan la fecundidad del genio. Una necesidad interna lo empuja constantemente a la acción. “Hacer las cosas: hacerlas mal, pero hacerlas”. Este lema justifica sus errores y su gloria. Explica también el desorden de su obra escrita, sin más unidad que la vehemencia de su acción múltiple, sostenida con perseverancia ejemplar hasta el último momento de su ancianidad sublime. Las ideas son siempre instrumentos de su acción y en este sentido su potencia demolidora es tan grande como su voluntad constructiva. “Así hablaba, dice Ponce, el hombre que había confesado con la pluma del boletín del Ejército Grande que escribir era para él un medio y un arma de combate, como combatir era tan sólo realizar el pensamiento”. Con el mismo denuedo frenético de la montonera combate su fuerza encrespada y tumultuosa. Como conviene al sello del auténtico político no piensa las consecuencias de sus actos o de los principios que sustenta. Este hecho, que se repite en Sarmiento, será siempre el que distinga al político del intelectual. El intelectual medita las consecuencias de sus actos; es precavido siempre. El espíritu calculador y lento no cuenta, en cambio, para el político. Esta diferencia fundamental explica que el hombre de acción sea por lo general intrasigente y dogmático. Todo acto que ejecuta compromete la integridad de su persona. Se vuelve, por lo tanto, absolutista, intolerante. Las ideas que sustenta se adhieren al espíritu como una obsesión constante y no cesará hasta verlas realizadas, sin importarle para nada la magnitud de su naturaleza intrínseca. Así Sarmiento, siendo Presidente, violará la Constitución que él mismo acaba de prometer, poniendo a precio la cabeza de López Jordán. Pero esto será una prueba más de la sinceridad de un hombre que “lidió toda su vida con patanes generales, gobernadores y caudillos que demolían pueblos”. “Todos los caudillos llevan mi marca”, decía ufano.

Sólo el genio, que se sobrepone siempre a las contingencias capaces de hacer naufragar una personalidad, por vigorosa que sea, presta un fondo unitario a la obra múltiple de nuestro héroe civil. Intuye con despierta sagacidad las dimensiones más profundas de la raza. Lo que después se torna ante sus ojos destestable, la causa “americana, española, absolutista y bárbara!”, se suaviza y dulcifica en “Recuerdos de Provincia”. Le pasa lo que a Renán: Lloro a Jesús después de haberlo crucificado. Hay, pues, en “Facundo” un elemento negativo: todo el pasado colonial, con su ideal teológico, la vida del desierto, los tipos que forja y

las libertades que engendra. La voluntad constructiva de Sarmiento choca con esta realidad y no encuentra otra salida que la negación total. Pero es en vano. El pasado acaba por “estrangular el énfasis” y se acomoda sin violencia al martillo demolidor. Y negado como idea, se salva como naturaleza; negado como ideal político, resurge como pureza primitiva; negado como ideal de vida más altamente organizada, se salva como forma de vida tradicional e imitativa. De este modo, Sarmiento se asoma a un mundo de tres siglos y, ya en su intimidad, se reconcilia con él estéticamente.

Sarmiento era un artista por temperamento. Poco importa el tema que trate. Siempre impresionará su genuina vocación literaria. Es un artista que trabaja para la política. De ahí el subido entusiasmo que era su grito de pelea a semejanza de los héroes homéricos. De ahí que no fuera comprendido por Alberdi, analista frío, pensador de gabinete que atribuía el entusiasmo a funesta virtud de déspotas militares. Su integridad vital se descubre en su estilo y hasta en su caligrafía, según Lugones alta, angulosa y enérgica. Su prosa es españolísima por esencia; que no en vano Cervantes fué uno de sus maestros predilectos. Imaginación robusta, sensibilidad abundante y cálida espontaneidad se transparentan en ella como otros tantos rasgos que convienen al genio. Su personalidad orgullosa y avasalladora le viene de un fondo racial ingénito en su sangre y que para Ganivet constituye el elemento extraordinario y permanente del arte español. Y no se diga, a guisa de objeciones, que el carácter ocasional de sus escritos les otorgue el signo de la expresión incisiva y la arremetida briosa. No. Podríamos afirmar que los estímulos exteriores que condicionan su obra se adaptan admirablemente a su personalidad y le permiten realizar su disposición autóctona.

La fuerza evocadora de la imagen, su radio plástico, el candor humano y la cálida resonancia de las cosas y de los seres, se revela en esta descripción, de trascendencia mística, blandura de línea y emocionado colorido, que parece una estampa arrancada de la Biblia o de la Grecia pastora y clásica: “Yo he presenciado una escena campesina digna de los tiempos primitivos del mundo, anteriores a la institución del sacerdocio. Hallábame en la sierra de San Luis, en casa de un estanciero cuyas dos ocupaciones favoritas eran rezar y jugar. Había edificado una capilla en la que los domingos por la tarde rezaba él mismo el rosario, para suplir al sacerdote y el oficio divino de que por años habían carecido. Era aquel un cuadro homérico; el sol llegaba al ocaso, las majadas que volvían al redil hendían el aire con sus confusos balidos; el dueño de casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura del cutis, los ojos azulados, la frente espaciosa y despejada, hacía coro, a que contestaban una docena de muje-

res y algunos mocetones, cuyos caballos, no bien domados aún, estaban amarrados cerca de la puerta de la capilla. Concluido el rosario, hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído voz más llena de unción, fervor más puro, fé más firme, ni oración más bella, más adecuada a las circunstancias que la que recitó. Pedía en ella a Dios lluvias para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes... Yo soy muy propenso a llorar y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación y con una sensación desconocida, porque nunca he visto escena más religiosa; creía estar en los tiempos de Abraham, en su presencia, en la de Dios y de la naturaleza que lo revela; la voz de aquel hombre, candorosa e inocente, me hacía vibrar todas las fibras y me penetraba hasta la médula de los huesos”. (5)

En este vasto escenario de poesía y leyenda se mueven los tipos más representativos de su drama. Capaz de obrar el milagro de un cuadro como el descripto, conserva también la ferocidad salvaje, la fiereza autóctona y la altivez hidalga que parece haberle contagiado el conquistador castellano. “Aquella árida cordillera que amoratan cárdenos visos de escoria, o desolan los ocres de calcinada amarillez, tapa medio cielo como una pared hostil... Las noches enfríanse en una pureza desapacible de páramo. El sol destaca en aquellos paisajes la grandeza brillante y lúgubre de las regiones mineras. Completa ese aspecto la derruida incoherencia de los médanos donde sólo prospera resinoso jarillal y hasta el agua del río epónimo, turbiamente rojiza, parece contribuir a la sed, tornando indispensable el lloroso filtro excavado a la rústica en los asperones comarcas. La sequedad reina en el suelo y en el ambiente. Un velo de polvo casi perenne cubre la ciudad, acentuando todavía aquella aridez la profusión de tapias. El famoso viento Zonda, cuya maléfica electricidad descoyunta como la fiebre, sofoca con remolinos frenéticos, en que a semejanza de los griegos con sus harpías, la superstición local ve los demonios del polvo... Tales comarcas sólo producen contemplativos y ascetas, quizás exaltados estos últimos contra las glorias mundanas, pero nunca esos robustos campeones del bienestar, de la salud, de la ciencia; o engendran al caudillo específicamente antagonico en su miseria bravía, en su tendencia nómada que le hace vivir como clavado al caballo por el fierro de la espuela, en su orgullo primitivo que desdeña la industria como una afeminación y las artes como una mendicidad. En nuestra Palestina gaucha, los ciegos monopolizan la profesión de la música. Las Tebaidas jamás fueron propicias a las letras. Son ésas, regiones de aislamiento. La montaña que empareda, el arrenal, el sol implacable, la tormenta fulgurante y rara,

Filosofía de Sarmiento Hombre

Por MANUEL GONZALO CASAS

¿Hasta cuando, Sarmiento piensa Ud., seguir peleando y combatiendo? — ALBERDI. — Cartas Quillotanas

Esta pregunta de Alberdi, que brota espontánea e incontinente de su fondo espiritual más íntimo, es para nosotros la caracterización viva de Sarmiento en su vinculación integral con el alma nacional argentina.

Porque esta pregunta ubica a Sarmiento. El reproche que lleva implícito la palabra de Alberdi, es el reproche de lo extraño al alma de la tierra, que enrostra a lo nacional el permanente darse a la ofensiva. Es el sentido defensivo y estático de la vida que acusa al ofensivo y dinámico. Es la pura receptividad interior, que se siente sobrecogida y medrosa, ante la fuerza ecuménica de las voliciones que mueven y empujan hacia el todo de Sarmiento.

Por eso importa ahora ubicar filosóficamente al gran autor de "Facundo". No en función de sus disciplinas intelectuales, influenciadas por todas, y dirigidas por ninguna de las escuelas especulativas vigentes en su época. La tarea es más ardua: Lo que importa es conocer "el realizarse humano de Sarmiento en cuanto hombre". Vale decir, queremos no el desarrollo puramente ideológico de Sarmiento, sino su ritmo total: En el momento que sentimos el alma nacional dormida para los grandes gestos históricos, precisa encontrarse la melodía vital más honda que dá un tono continuo y permanente a la vida de nuestro más interesante compatriota.

Y esta cambiante melodía, cuya variación es pocas veces cualitativa, sino en general solamente cuantitativa, es la heroica melodía de la lucha. El hombre que combate la guerra civil, que esgrime su pluma como una lanza contra la montonera nacional asida por una integridad biológica y total al espíritu de la tierra, es el mismo montonero gaucho, vestido a la europea, en cuyo ser más profundo subyace potencialmente el heroico sentido de la vida que nos legara la hispanidad.

* * *

¿Hasta cuando piensa seguir peleando Sarmiento?

Y en la pregunta que se repite como un campanazo histórico para señalarnos el secreto de las más originales y auténticas vibraciones nativas, está el hilo conductor que nos trae la esencialidad viva y viviente de Sarmiento.

Así su hispanofobia paradójica, nos desnuda la más palpitante hispanidad sarmientesa. Inte-

rogar a Sarmiento es como interrogar a España. ¿Hasta cuando Iberia? ¿Hasta siempre! El hombre cósmico que se actúa en la lucha, que se des- envuelve y se transforma con un ritmo dialéctico inconfundible, es el hombre en cuanto español en su ecuménica empresa de afirmar un paso y señalar una ruta. Lo español está todo en Sarmiento. Pero lo está como melodía, como ritmo, como latencia y como vitalidad, no como conciencia. Por eso, solo comprendiéndolo así, podemos perdonar al gran sanjuanino sus trascendentales errores históricos. Solo ubicándolo así podemos comprender cómo no vió Sarmiento que la hispanidad — abanderada de la barbarie según su juicio lapidario — devendría con el andar del tiempo, en la abanderada de la civilización integral del hombre. De esta civilización integral que se bate contra el unilateralismo escolástico y reaccionario de la era industrial capitalista, cuya síntesis política más ajustada y más ceñida, es la conformación espiritual del novísimo imperialismo totalitario.

Y ese nuevo devenir hispano plantea ya el interrogante de fuego: ¿Qué nos diría Sarmiento ahora, aquí en el mundo, y en este soberbio tiempo histórico, frente a la hispanidad vilipendiada por su pluma, que sobrelleva y afronta la tarea ciclópea de salvar al hombre en lo que tiene de permanente y de humano, vale decir, en su tendencia decisiva y actuante hacia la libertad? El Sarmiento formal de las palabras muertas no puede darnos la respuesta, pero el Sarmiento real de la vivencia histórica, si puede. Es que Sarmiento intelectual es una negación de Sarmiento vivo, en cuanto la vida es un luchar y realizarse. Por eso, en ese gigantesco duelo consigo mismo que es su inmortal "Facundo", nos aparece Sarmiento, beligerante sin tregua contra el llanista, porque más que en las tradiciones populares un poco de la hispanidad facúndica estaba en su propia integridad humana. De él podríamos decir lo que decía Nietzsche de Sócrates: "No puedo dejar de combatirlo porque lo llevo dentro".

Y es esto lo nacional y lo hispánico para nosotros: el sentido de la ofensiva. El darse de la acción. El punto en que la irritabilidad interior cumple su ciclo dialéctico y se vuelca hacia afuera como una fuerza operante y transformadora.

Por eso en la formulación filosófica de nuestro sentido nacional de la vida, tampoco podemos ser contemplativos. Somos también operantes como lo era Sarmiento. También ofensivos. Y no puede ser de otra manera. Ni puede haber otra manera de hacer filosofía histórica nacional. ¡Inclu-

so aquí la ecuación personal activa y actuante, imprime su sello dialéctico al precipitado racional que surge de nuestro análisis retrospectivo!

El Ser del hombre argentino que se realiza como gesta en los momentos más brillantes de su caminar histórico y que dormita sin morir como pura virtualidad esencial — en el tiempo de la ganancia y de la plus valía, (que no es el tiempo vital de lo nativo en cuanto prolongación de lo que ya estaba dado en las más distantes palpitaciones de la vida nacional), es el Ser de Sarmiento que queremos conocer ahora. ¿Es el Ser en cuya organización más íntima pervive la dignidad vitalizadora de lo heroico!

Porque hay que decirlo. El tono humano e integral que asume la lucha argentina por la libertad, no es el tono de la libertad comercial que quiere mercados libres de asalariados para levantar en la relación del hombre con el hombre la frontera de la explotación de su fuerza de trabajo. Este es un accidente. Una tierra de nadie en la batalla por la realización humana que se plantea fines, y que, como fin máspreciado, quiere saltar del reino de la necesidad al reino de la libertad.

Y lo nuevo — que es viejo pero que redescubrimos ahora —, lo nacional, el sentido de la hispanidad que se busca y se encuentra en el planteamiento de estos fines, tiene como tonalidad característica, precisamente el ritmo dinámico y dialéctico del proceso operante. Si podemos decir con propiedad que en lo anglosajón esta tendencia se piensa asimismo como un devenir evolutivo, pero mecanicista, al decirlo, ya dejamos sentada la diferenciación con lo español que encaja en el proceso mecánico las fuerzas más tensas de la volición, y que en su actuarse a la ofensiva, si bien admite como una verdad de observación primaria la influencia cósmica del medio sobre el hombre, comprende también que en el hombre está dada la posibilidad de reaccionar en sentido impulsivo actuando como catalizador en el parto histórico de la libertad.

Por eso, al llegar aquí, volvemos a encontrarnos con el sentido heroico del caminar — en y hacia la historia —, que es la nota más aguda en el devenir humano de Sarmiento.

¿Hasta cuando piensa seguir peleando? Y la respuesta hubiera sido hoy como ayer, idéntica: Hasta siempre. Sin comprender Sarmiento, aunque lo viva en su latido más vertical y más hondo, que ese afirmarse y vivirse en el curso de la

lucha, es el sentido de la hispanidad inmerso en el alma nacional como su melodía más característica; afirmarse y vivirse en la lucha, a cuya luz nos aparece claro el porqué la negación del federalismo rosista, no podía vernos de Francia o de Inglaterra — a pesar del reclamo apocalíptico de Sarmiento, sino de la entraña viva de lo nativo. Por eso esta negación, perfilada y bosquejada en el tiempo interior de Facundo, que se apres- taba a la insurgencia ofensiva cuando el precipicio histórico de Barranca Yaco, había de corporizarse luego en la insurgencia triunfal de Urquiza, nacido en el propio seno de la tiranía nativa que se negaba a sí misma, y que al negarse, afirmaba y realizaba lo nacional en una misma y propia melodía histórica argentina.

Pero de aquí, a poco andar, nace la contradicción orgánica que todavía nos ahoga. A la negación de la tiranía debía seguirse la realización del todo nacional con los propios elementos que nos daban una fisonomía. Estaba en la misma entraña el hilo conductor de la nacionalidad. De los metales nobles de la hispanidad — que es lucha ofensiva por el hombre liberado — mezclados con el colectivismo agrario americano, que era arranque de historia desde el descubrimiento de América, debía surgir la aleación con un ritmo humano de más hondo contenido. Pero no fuí así. La empresa de matar lo nacional, de descuarjar lo nativo, de negar lo que era sangre e impulso de nuestro todo histórico, cristalizó en transitorios pero positivos resultados. Y a la vuelta de los años nos encontramos con el saldo trágico: industrialismo por la ganancia en lo económico; utilitarismo por la ganancia en lo moral; nacionalismo por la ganancia — al servicio del imperialismo extranjero — en lo patriótico.

* * *

Sarmiento, ¿hasta cuando piensas seguir peleando?

Y si del fondo de la historia pudiera surgir el espíritu ofensivo del gran sanjuanino, esta vez el montonero gaucho renunciaría a la silla inglesa, y tornaría al apero, para darse en la lucha candente y transformadora por lo históricamente argentino. Que porque es argentino, está confundido en la sinfonía del mundo con la más esencial virtualidad hispánica: la capacidad de la lucha y el fondo heroico de la empresa humana, en cuanto lo humano es la historia del hombre en su lucha ancestral por la libertad.

SARMIENTO Y EL

Por SAUL

Producto y expresión de una de nuestras comunas de más enérgico sello castellano, Sarmiento cierra una época, la época de la colonia, y abre otra época, la época inaugural del nombre argentino.

No poseyó el eros pedagógico de los educadores de su tiempo — ninguna duda cabe de que su desempeño escolar no alcanzó nunca el grado inminente que confiere relieves inconfundibles a la obra de un Mariano Cabezón — pero su intervención docente en la hora crucial de la organización del país fué tan decisiva que constituye el punto central de referencia de nuestra historia de los problemas educacionales. Tanto que la crítica de los fundamentos del orden docente que rige todavía no puede prescindir de sus creaciones, de sus concepciones y de sus puntos de vista. De tal modo es cierto que se puede estar contra Sarmiento, pero no se puede estar sin él.

Nuestra literatura no registra documento alguno que ofrezca a esa tarea crítica una riqueza de notas y de sugerencias comparable a la que contienen "Recuerdos de Provincia" y "Educación Popular". Mientras el primero de esos libros nos describe con un acento tocado de emocionada comprensión el cuadro, simple y apacible, pero palpitante de vida, de la comuna sanjuanina en cuya atmósfera moral discurre la galería de tipos humanos decantados por los ideales vigentes, el segundo nos hace asistir a la aparición de un nuevo estilo de vida en pugna con el estilo tradicional y, como consecuencia de esa novedad, al esforzado trabajo de "la transición lenta y penosa de un modo de ser a otro modo ser". Resúme, pues, los antecedentes de nuestra historia escolar y, por lo consiguiente, es a ellos a los que necesita ceñirse la reapertura de la instancia relativa a la validez actual de las orientaciones que los informan.

Esta actitud es tanto más indispensable a la seriedad de la revisión cuanto que el juicio admitido hasta ahora como moneda de ley en esta materia procede de una labor referida a la historia de la escuela como una expresión sociológica, presidida, casi siempre, por un criterio estadístico, y no al acontecer educativo en las diversas formas en que se cumple como acto de índole espiritual; razón por la cual esa labor, aún ahí donde se presenta ahincada en la comprensión de la obra de Sarmiento, resbala sobre la superficie del fenómeno sin penetrar en su esencia.

Como acontecer peculiarmente educativo, la escuela se define como una relación de docente y docendo movida por un propósito de enseñar en

vista de un momento teleológico que es el ideal; y, aún cuando, de ordinario, se da, en su especificidad, en la organización escolar, se da también "en el ancho seno del pueblo", en las distintas formas que asume la realidad social y que integran y estructuran una colectividad en cada uno de sus momentos históricos.

De acuerdo al enfoque de este concepto, es innegable que la relación binaria del acto educativo se cumplió en la comuna de San Juan de la Frontera en el modo común a todas las comunas de origen, en la escuela, en el hogar, en la iglesia y en la plaza.

En la escuela — el establecimiento modesto y sencillo del tiempo, que Sarmiento frecuentó cerca de dos lustros desde la edad de cinco años, — "se enseñaba a leer muy bien, a escribir, aritmética, álgebra y rudimientos de religión". Mediante una parvedad de recursos que hoy parece inconcebible a los partidarios de la formación enciclopédica, dábale ahí "la única instrucción sólida que se ha dado entre nosotros en escuelas primarias".

En el hogar, enseñaba la lección directa y viva del ejemplo de los padres. Comunidad enseñante cuya eficacia educativa está siempre condicionada por los contenidos morales de su constitución, el hogar comunal, señalado en todas las vicisitudes y las contingencias sociales por su inquebrantable adhesión a una ética severa y rigurosa sin ser intolerante con las manifestaciones de la vida instintiva, formó siempre un clima propicio al desarrollo del alma de la niñez y colaboró con un tacto exquisitamente acendrado por el amor en la tarea escolar que consiste en introducir las nuevas generaciones en el espíritu objetivo. El propio Sarmiento nos refiere con palabras estremecidas de ternura, la influencia decisiva que, bajo el techo paterno, "sublime escuela en que la industria más laboriosa, la moralidad más pura, la dignidad mantenida en medio de la pobreza, la constancia, la resignación, se dividían todas las horas", ejerció la madre tutelar cuyo saber de vida nutrió su espíritu en formación, cuya conducta heroica adoctrinó de heroísmo y templó de austeridad la reciedumbre de su carácter.

Un presbítero nativo, José Castro, fué el preceptor de esa madre. Porque, como queda dicho, en íntima relación con las actividades de la escuela y del hogar, los sacerdotes enseñaban también, en el templo, en las pláticas doctrinales, cuyo auditorio era, a menudo, la población entera de la ciudad, y cuyo temario ligaba en la elevación del dis-

IDEAL PEDAGOGICO

TABORDA

curso los negocios de la vida y la crítica de las costumbres populares al comentario del Evangelio. "El cura Castro, acaso con el Emilio escondido bajo su sotana, — escribe Sarmiento — enseñaba a las madres la manera de criar a los niños, las prácticas que eran necesarias a la salud, la manera de cuidar a los enfermos, las precauciones que debían guardar las embarazadas, y a los maridos, en conversaciones particulares o en el confesionario, enseñaba los miramientos que con sus compañeras debían tener en situaciones especiales".

Fuera de la escuela, del hogar y del templo, la comuna prolongaba sin solución de continuidad la faena docente en las múltiples manifestaciones de las relaciones sociales. De las aulas primarias, Sarmiento pasó a la dirección magistral del sacerdote José Oro, el "clérigo joven, ardiente y gaucho", arriero de mulas en Salta, que chocó con del Carril, "aquel discípulo aventajado del célebre Dean Funes, lleno de espíritu de Rivadavia y trasluciendo en sus modales elegantes y altanerós la cultura de la época y la hidalguía de su familia", y que, vencido en las justas de las banderías, emigró a las soledades de San Luis y repartió su tiempo entre los afanes de su ministerio y los afanes de la escuela primaria que fundara con su discípulo y compañero, el mismo que después fundaría las escuelas de la república.

De la dirección magistral de José Oro, Sarmiento pasó al círculo de amigos, ávidos de saber, tocados y acuciados por la inquietud de los problemas políticos y sociales propuestos al mundo por el pensamiento europeo. Alternando con los Aberastain, los Quiroga, los Cortinez y otros adolescentes, como aquellos, señalados por la lucidez de la inteligencia, acometió el estudio ordenado y sistemático de la literatura francesa. Hugo, Dumas, Lamartine, Chateaubriand, Thiers, Guizot, Tocqueville, Lerminier, Jouffroy y los de la Revista Enciclopédica, todos los autores de mayor prestigio y predicamento de entonces desfilaron, sopesados y ponderados con un criterio no exento de las pasiones y de las preocupaciones suscitadas por los acontecimientos, en las veladas del convivio.

Escuela, hogar, iglesia y plaza pública integraban, pues, el orden educativo de la comuna. De las calidades de ese orden hablan con alta elocuencia las palabras de Sarmiento. De los maestros de primeras letras, Ignacio y José Genaro Rodríguez, nos dice que estaban dotados de tan auténtica vocación pedagógica que hubieran podido ser educa-

dores en Prusia, y de la escuela que ellos regenteaban afirma que "era un dechado de perfección". A las enseñanzas plenas de nobleza doctrinal del presbítero Castro corresponde este juicio: "tienen un carácter tal de filosofía que hacen sospechar que aquel santo varón conocía su siglo XVIII, su Rosseau, su Feijóo y sus filósofos tanto como su Evangelio". Y por lo que concierne a José Oro, le reconoce maestro, que maestro fué en toda la extensión del concepto no solo por la manera de transmitir las ideas, manera que habría hecho honor a los más grandes maestros, sino por la posesión de ese don de comprender la totalidad del alma infantil que trasciende en toda su grandeza de la expresión de su discípulo: "creo deberle a él una gran parte de mis ideas generales, mi amor a la patria, y principios liberales porque era muy liberal sin dejar de ser cristiano". Las páginas en que Sarmiento consigna las impresiones de sus diálogos con su mentor son toda una revelación de la extraordinaria tesitura pedagógica de nuestras comunas. Todos los esfuerzos que los pueblos civilizados han necesitado poner a contribución, en jornadas de siglos, para instaurar un sistema docente digno de este nombre, están sintetizados ahí, en la experiencia, sin pretensiones y sin alardes, como la experiencia de Stanz, del amoroso tesón con que los solitarios de San Francisco del Monte colonizaban y ganaban para la cultura la soledad del exilio. Educaban y se educaban a un tiempo. Una íntima comunión espiritual les unía con un afecto de padre a hijo y, a favor de ese sentimiento despertado y afianzado por la presencia del eros docente, participado con generosidad a la juventud lugareña, el mundo circundante, la realidad concreta del dintorno, se humanizaba, iba de lo más próximo a lo más distante y dilataba las reflexiones referidas a las cosas humanas y divinas en orbes espirituales, descubriendo así todo ese proceso mental de cuyo valor pedagógico se ha percatado y trata de precisar el pensamiento contemporáneo.

Orden educativo existencial, plasmado en la entraña popular, incomplejo, como incompleja era la estructura de la sociedad pastoril y precapitalista que lo realizaba, respondía con justeza a las exigencias de la época. Ciñéndose a un minimum de enseñanza común a ricos y a pobres, se satisfacía con iniciar a unos y otros en los conocimientos indispensables a las empresas ordinarias de los distintos estratos sociales, sin cerrar el proceso formativo a las posibilidades de los capaces. Ciertamente que estas posibilidades dependían, en primer lu-

gar de la situación económica y del rango; pero la lista de nombres representativos procedentes de familias humildes que registran los historiales sanjuaninos, prueba que, con todas las inadecuaciones del medio para favorecer la exaltación de los señalados por la inteligencia, no faltó la solitud generosa para que ellos se lograran en un grado mayor o menor.

Sarmiento nos ofrece aquí uno de los más egregios testimonios de cuanto venimos diciendo. Teniase por autodidacta; pero no lo fué. No lo fué no solo en razón de lo que en contrario nos dicen sus propias memorias, de las cuales trasciende, según se ha visto, toda una docencia orgánica de contenidos cabales que ligaba en una continuidad espiritual corresponsable a la comunidad y a sus miembros, sino porque, en rigor de verdad, eso del autodictismo es un concepto en extremo relativo toda vez que todo aprendizaje supone el bien cultural con la voluntad educativa mediante la cual aspira a imponerse como bien cultural y, junto al bien cultural la presencia docente del portador de ese bien, sea la comunidad como guardiana de la cultura, sea la persona real y concreta del educador que lo encarna. Ya la fina intuición de San Agustín alcanzó el principio según el cual el maestro está dentro y no fuera del educando. Ningún óbice fué la pobreza de los suyos y la modestia de su origen para que la feliz comprensión de sus maestros, Ignacio y José Genaro Rodríguez, se percatasen de sus valimientos y los estimularan con una eficacia docente de auténtica filiación pestalozziana. La asistencia de ayo solícito de José Oro no fué la obra del acaso ni mucho menos la empresa de la caridad compadecida sino una expresión de la responsabilidad profundamente humana inherente al sentido de la vida comunal. No lo fué tampoco la que le prestó, a través de su madre, la enseñanza, viva y operante en su conducta y en sus trabajos, de José Castro. No lo fué tampoco la influencia, de tan intensa repercusión en su adolescencia hecha de aprendizaje y de denuedo, de aquel Domingo Oro — “el modelo y el tipo del futuro argentino, europeo hasta los últimos refinamientos de las bellas artes, americano hasta cabalgar el potro indómito” — cuya figura cobra todos los relieves de un carácter de Teofrasto en las páginas de “Recuerdos de Provincia”. No lo fueron tampoco las que le ofrecieron, como enseñanza, como incitación y como consejo todos los hombres de valía y de experiencia que participaron en la intimidad socrática del diálogo en la formación de su saber y de su fisonomía moral. El culto que Sarmiento rindió siempre a la memoria de aquellos hombres, culto cuyo fervor estremece y enciende de amor y de reconocimiento la evocación del terruño nativo, fué demasiado profundo y reconfortó sus decisiones y sus propósitos en un modo demasiado evi-

dente y notorio en cada uno de los momentos más ásperos y difíciles de su vida para que no debamos reconocer que en él y por él actuó y obró el mensaje de las virtudes civiles de la estirpe progenitora.

Pues, viéndolo bien, la nota esencial del órden docente de la comuna consistió en la recta y espontánea adhesión al ideal de la personalidad que constituye, desde Séneca hasta hoy y para todos los tiempos, el hilo de oro de la historia de España. Que la formación del hombre concreto, total y omnidimensional era lo que importaba a los designios teleológicos de la educación de la comuna y que esa formación recibía un adecuado cumplimiento en las manifestaciones escolares relacionadas es algo que trasciende con nitidez de las palabras de Sarmiento. De la enseñanza de la escuela primaria nos dice: “la parte moral era cuidada con un esmero de que no he visto ejemplo después en escuela alguna”; del magisterio del presbítero José Oro nos refiere que de nada se preocupaba tanto como de formar su carácter moral y de instruirle en los fundamentos de la religión y en los acontecimientos de la revolución de la independencia de la que él había sido actor; y, por lo que respecta a la labor del cura Castro, es a las fuentes vivas de sus lecciones a las que reconduce sus indagaciones de la genealogía de “aquellas sublimes ideas morales que fueron — así lo escribe — la saludable atmósfera que respiró mi alma mientras se desenvolvía en el hogar doméstico”.

¿En qué residía el secreto de esta excelencia? Las concepciones nutricias del humanismo español, reafirmadas y troqueladas por la esforzada milicia exigida a la conquista y a la colonización por las condiciones del solar americano, lejos de estancarse en dogmas y en preconceptos reñidos con la exaltación de las calidades viriles y con la libertad de raciocinio, fueron de tal modo favorables al libre examen que por ellas se hizo fecunda “aquella educación razonada y emiñentemente religiosa, pero liberal, que venía desde la cuna — estamos leyendo un pasaje de Sarmiento — trasmitiéndose desde mi madre al maestro de escuela, desde mi mentor Oro hasta el comentador de la Biblia, Albarracín”. El genio español no se pagó nunca del verbalismo dialéctico y de las elucubraciones abstractas concernientes al hombre. Refiriéndose con ceñido rigor al individuo y a sus condiciones anímicas, de acuerdo en esto a las ideas docentes afianzadas en la psicología de Vives, su tradición fué invariablemente fiel al principio de la libertad y a la autodeterminación de la persona. ¿No guarda una exacta correspondencia con la médula de este concepto henchido de dignidad humana la pedagogía de los maestros Rodríguez fincada toda ella, según Sarmiento, en “el sentimiento de la igualdad desenvuelto entre sus alumnos por el tratamiento de señor que estaban

obligados a darse unos a otros cualquiera fuese la condición o la raza de cada uno y en la moralidad de las costumbres estimulada por el ejemplo del maestro, las lecciones orales y los castigos que solo para los crímenes eran severos y humillantes”? Todos los ejemplares humanos que llenaron con sus nombres y con sus hechos el escenario americano en los tiempos heroicos de la emancipación — políticos, guerreros, oradores, parlamentarios, publicistas, educadores, hombres de empresas — todos procedieron del crisol espiritual del humanismo español. Ese humanismo incubó, en el seno de la comuna, el sentimiento de la libertad y animó el movimiento de la independencia que, como dice Cecil Jane, no fué antiespañol ni se dirigió a traducir en hechos algunas ideas recientes y solo superficialmente adquiridas en los escritos de pensadores políticos extranjeros, sino que fué la expresión de la esencia de los más hondos sentimientos de la raza, un intento de realizar ideales que le eran más caros, y los cuales no manaban de fuente extraña sino de los propios corazones del pueblo. (1)

Diseñada como queda la docencia de la colonia, la docencia en la cual se plasmó la personalidad de Sarmiento y, como la de Sarmiento, la de tantos próceres que participaron con singular eficacia en los acontecimientos de la independencia y en los de la organización nacional, corresponde indagar los verdaderos alcances de la mutación que liga el nombre del estadista al sistema escolar adoptado por la república. ¿Es que la reacción contra aquel orden docente respondió al deliberado designio de una suplantación radical de las orientaciones pedagógicas del genio nativo, o fué, en el fondo, y no obstante la invocación de doctrinas extrañas, un sesgo inmanente del espíritu vernáculo determinado por las nuevas condiciones históricas?

La primera respuesta que recibe este cuestionario es, naturalmente, la que surge por sí sola del estado de cosas creado por la insurrección de 1810. Decididos a liberarnos del dominio español, dimos comienzo a la empresa con una enérgica negación de todo lo español. El régimen político, juzgado y condenado a la luz de las teorías desarrolladas por los filósofos y los enciclopedistas franceses leídos y estudiados en las tertulias del solar con un afán de traducir “el espíritu europeo al espíritu americano”; el sistema económico, desestimado a virtud de su incompatibilidad con las nuevas concepciones económicas impuestas por las corrientes industriales y comerciales procedentes de Estados Unidos y de las naciones más prósperas de Europa que abrían con las empresas del capital y del trabajo las fuentes de riqueza, antaño selladas por el misterio, descubiertas, explotadas y entregadas ahora al servicio del progreso y del bienestar material por las investi-

(1) Libertad y Despotismo en la América Española, 108.

gaciones de los laboratorios; la literatura y el arte, relegados a términos secundarios por la repentina adhesión a los productos del genio francés exornado por la elocuencia y el brillo de su constelación espiritual; las creencias, puestas en duda por una crítica demoleadora cuyas consecuencias se expresaron con frecuencia en “un odio y desprecio de las cosas hasta entonces veneradas”; las tradiciones, negadas por un nuevo criterio de la marcha de la humanidad; las costumbres y los hábitos de vida, dislocados por la obra, cauta y silenciosa pero perceptible en todas las manifestaciones cotidianas, de las transformaciones que afectaban el trato social, la moda, el menaje, el gusto estético, y las relaciones familiares, sobre todo las que se referían a la situación de la mujer; todo fué alcanzado y pulverizado por la negación del trazo revolucionario. Todo, incluso, desde luego, la educación comunal que, no obstante tener a su favor el desempeño que queda expresado, fué declarada insuficiente para lograr las finalidades prometidas al nuevo orden nacido de la revolución por el espíritu del tiempo que ganaba las conciencias y concitaba las voluntades a las tareas de la organización nacional.

Pero esta respuesta es, como se vé, de términos generales y, por eso mismo, inapropiada para darnos claridad sobre las íntimas motivaciones de la reacción, sobre los contenidos pedagógicos y sobre los fines ideales que presidieron la política escolar propiciada y propugnada para la escuela argentina. Toda vez que una secesión política no supone necesariamente una ruptura de la continuidad histórica, la respuesta concreta y precisa al integrante propuesto necesita referirse a las razones específicamente educativas de la fundamental discrepancia con la docencia comunal, prescindiendo, en todo lo posible, de su correspondencia accidental con las repercusiones de la lucha con el poder metropolitano. Esto es tanto más indispensable cuanto que la instauración de nuestra política escolar comenzó en una época en la que para nosotros era ya un hecho consumado la caducidad de la dominación española.

Esas razones específicamente educativas están consignadas en la obra de Sarmiento, especialmente en su “Educación Popular”, el libro del ideario del orden docente que reemplazó al orden docente comunal, *pari pasu* con el proceso sociológico en cuya virtud las comunas de origen se insertaron en el ordenamiento político de la sociedad argentina.

En rigor de verdad, las concepciones pedagógicas expuestas ahí no difieren en lo esencial de las ideas consagradas, en Francia, por la obra legislativa posterior a 1789, en perfecta consonancia con el pensamiento impregnado de filosofía cartesiana. Por lo consiguiente, responden a la consideración que resuelve la tarea escolar en un

proceso calculado para formar el tipo de hombre destinado a vivir y a realizar la estructura política de la democracia ecualitaria. El ciudadano idóneo y nacionalista es su ideal. De aquí que lo que importe sea, por una parte, la educación del elector — y electores son todos los miembros del **de-mos** — en modo que esté capacitado para ejercer los derechos políticos, en la paridad de condiciones que entraña la abolición de los estamentos con sus distinciones y rangos y el reconocimiento del principio según el cual es incuestionable “el derecho de todos los hombres a ser **reputados** suficientemente inteligentes para la gestión de los negocios públicos”; y, por otra parte, la preparación de todos los individuos para el trabajo, el comercio, la industria y, en general, todas las actividades cuyo ejercicio reconocen y sancionan las leyes de la república “El poder, la riqueza y la fuerza de una nación dependen — según se dice en uno de sus pasajes — de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen; y la educación pública no debe tener otro fin que el de aumentar estas fuerzas de producción, de acción y de dirección, aumentando cada vez más el número de individuos que las posean”.

¿Ha de inferirse de aquí que el desacuerdo de Sarmiento con el orden escolar preexistente afectara, de un modo deliberado y querido, tanto a la enseñanza en sí misma como al ideal propuesto a las actividades de esa enseñanza? Si se tiene en cuenta que “Educación Popular” es una obra completamente desprovista de especulaciones teóricas, parece indudable que sus móviles no fueron más allá de la aplicación práctica inmediata de medidas concomitantes con las actividades constructivas de la política aconsejadas por las gestiones gubernativas. La comparación de los programas de las escuelas del silabario con los programas de las escuelas de Francia había inculcado al espíritu de su autor la conciencia de las enormes desventajas de la educación comunal en los términos de una conclusión pedagógica tan evidente que, dando fácil pábulo a su juicio, notoriamente imbuido de la idea del progresismo, sobre el atraso intelectual y la incapacidad industrial que después de haber reducido a España a “una colonia en el seno de la Europa misma”, había hecho de los Estados sudamericanos “una raza que figura en última línea entre los pueblos civilizados”, le indujo a excogitar, mediante una operación de copia, el remedio adecuado a la situación. Y así aconteció que, partiendo de un parangón cuya acentuada violencia procedió de la sobreestimación de los factores cuantitativos y de la omisión de las calidades intrínsecas de las respectivas faenas docentes, el énfasis de la acción no se detuvo en la condenación global de “las condiciones desfavorables que ha producido la colonización española” en América sino que, avizorando desde esa

condenación los riesgos y las acechanzas aparejadas a la inevitable incorporación al país de los contingentes étnicos de los países de gran densidad demográfica, olvidó la escuela provinciana alabada como un dechado de perfección para dar preferencia a la escuela atiborrada de ciencia hecha, medida y dosada, y perdió de vista la filiación espiritual de aquellos ejemplares humanos cuyas figuras discurren con los relieves de un friso antiguo por las páginas de “Recuerdos de Provincia”, figuras recaladas, hoy más que nunca, por las sombrías perspectivas de un mundo sin dimensiones humanas, para dar preferencia al tipo del hombre de la utilidad y de la ganancia concebido por el individualismo y exaltado por la epifanía exitosa y brillante de la era capitalista.

Esquema elaborado en miras a la acción del momento, con más apasionamiento polémico y militante que información filosóficamente sistematizada de los problemas pedagógicos, “Educación Popular” se limitó, pues, a la enseñanza apreciada como instrumento de lucha y por eso es que, volviendo sobre el orden docente de la comuna que se reducía a la aplicación concreta de las escasas disciplinas que le ofreciera la cultura coetánea, confirió rango y valor educativo, con precipitada avidez, a todos los productos decantados, desde comienzos del siglo, por los estudios de la química, de la física, de la biología, de las ciencias naturales en general y de la técnica aplicada a la producción y a la industria.

Como tal hizo camino a favor de las circunstancias que quedan señaladas. Como tal constituye todavía el soporte de la organización escolar en la que se cumple la educación oficial. En medio de la grandeza material obtenida y acrecentada por el trabajo y la industria que nos sitúa entre los pueblos prósperos de la tierra, las innumerables escuelas del Estado responden con fidelidad a los designios que lo informan. Su experiencia es la experiencia de uno de los tantos trasplantes legislativos y doctrinarios que conocemos.

Pero, por lo mismo que la organización escolar y la elección del material enseñante, con todo y depender de la íntima legalidad constitutiva de la educación, están condicionadas, en última instancia, por la referencia teleológica del concepto del hombre que se proponen realizar, el plan propugnado por “Educación Popular” no pareció reparar en que la adopción del producto legislativo francés de 1833 importaba la adopción del ideal pedagógico que lo anima, y fué así cómo contrapuso, en el hecho, el ideal del tipo de hombre concebido por el humanismo racional renacentista al ideal de la personalidad esencial del humanismo español.

No estamos autorizados a sostener que esa sustitución entrara en los cálculos de Sarmiento. En la medida en que ese designio trasciende del contenido de su obra, cabe, empero, señalarla, con

la objetividad exenta de prevenciones que conviene a la jerarquía del prócer y a la exigencia de veracidad reclamada por esta hora vitalmente interesada en revisar con todo rigor los fundamentos del orden vigente, como una desviación de los rumbos ideales de nuestro linaje cuya repercusión en el dominio de la docencia explica en gran parte el evidente insuceso de la política escolar que nos rige.

Hemos expuesto en otro lugar (1) las apreciaciones críticas que nos ha sugerido la doctrina docente del Estado fundada en el afán de transporte del ideal del ciudadano idóneo y nacionalista desde el dominio político a las actividades educativas y hemos recalcado ahí las incompatibilidades entrañadas en esa actitud tanto en lo concerniente a la disciplina pedagógica como a su cometido concreto en el terreno de la enseñanza. Importa ahora saber en qué grado ha conseguido desplazar al ideal oriundo de la sociedad española.

Desde luego, nuestra emancipación política fué la obra de una voluntad histórica decidida a consolidar un orden social calculado para realizar el destino del hombre argentino. Como afirmación del principio político de la autodeterminación, entrañó, en primer lugar, un determinado concepto del hombre, y ese concepto, lejos de ser el producto de una abstracción, fué necesariamente el mismo que concibieron y realizaron las comunas de origen. No pudo ser otro toda vez que a una secesión política de la índole de la nuestra no le fué dado cambiar a designio o transmutar a voluntad la tesitura étnica radical y eterna. Procediendo, como procedemos, de un pueblo que en todas las edades y en todas las situaciones se ha singularizado por la afirmación de un enérgico personalismo de raíz voluntarista, aún en aquellos momentos en que se nos dió por rendir pleitesía al esplendor del concepto humano de sello racionalista que constituye la nota más genuina del genio francés, hemos sido fieles a su claro mensaje.

En tanto participa de la vida de una cultura, la educación está sujeta a la ley del espíritu. Entendemos por espíritu la actividad que procura claridad sobre las cosas que nos rodean mediante un sistema de relaciones ganadas por la observación, la distinción, la comparación y el análisis. Esa actividad supone una memoria, la memoria de las relaciones ya obtenidas, la memoria que nos trae — de **tradere**, de donde **tradicción** — esas relaciones, y la **revolución**, esto es, la actitud con la que el espíritu vuelve sobre una relación adquirida y la convierte en un nuevo problema. Consiste, pues, en un **movimiento** decantador que va perpetuamente de la tradición a la revolución. Siendo esto así, la instauración del orden político advenido a raíz de nuestra liberación del dominio

(1) La Política escolar y la vocación facúndica.

español no pudo prescindir de la tradición espiritual española. En tanto esa educación se expresó como revolución, debió referirse siempre, como tarea espiritual, a la tradición viva y presente en todas las manifestaciones de la existencia comunal, especialmente en el idioma como órgano de comunicación de sus hombres.

Esta exigencia no importa una negación de la legitimidad de la introducción del inventario de productos espirituales decantados en países extraños. El espíritu que es tradición y revolución es también **comunicación**, pues, los productos que crea su actividad no están condicionados por consideraciones de lugar. No tienen fronteras. Admitimos, pues, la posibilidad de esa ingerencia pero, en cuanto concierne a la legitimidad de esa introducción, ella está inexorablemente condicionada por la tradición; pues, ahí donde esta es negada y declarada en falencia, el trabajo del espíritu se detiene y se oblitera a virtud de la ausencia de la memoria que es de su esencia. Nada se crea **ex nihilo**. Y por haber desobedecido esta ley — que es ley del espíritu — es que hemos incurrido en el error, tan grave como infructuoso, de empeñarnos en cegar las fuentes espirituales de nuestra continuidad histórica.

Extraño que Sarmiento, que se percató con tanta presteza de la necesidad de poblar el baldío con los contingentes humanos de los países superpoblados de Europa, no se diera cuenta cabal del riesgo que entraña para un pueblo abierto a las corrientes inmigratorias la desestimación de sí mismo implícita en la desestimación de la tradición de la estirpe progenitora.

Genio y figura hasta la sepultura, los pueblos, como los hombres, poseen notas esenciales que no admiten ni toleran interferencias extrañas. La historia de la pedagogía registra múltiples casos de desplazamientos de un ideal por otro ideal, promovidos y preparados por una diacritica que se vincula siempre a la lucha que libran los ideales entre sí en procura de un predominio más o menos definitivo y excluyente; pero no acusa situaciones tales que permitan considerar como algo que entre en el orden normal de esos acontecimientos el que ellos se den fuera de una sociedad y como consecuencia de los propios movimientos vitales del pueblo. Los ideales de la antigüedad clásica florecieron como manifestaciones espontáneas del pueblo griego en perfecta correspondencia con su peculiar e inconfundible idiosincracia. El ideal del ciudadano idóneo y nacionalista es una creación del genio francés decantado a lo largo de un empeñoso trabajo espiritual que se inició en los días de Montaigne y de Descartes y se continúa hasta hoy, y todas las transformaciones que ha experimentado en el curso del tiempo se han debido a las mutaciones sociales que lo han ido rec-

Revolución y Continuidad Histórica

Por OSCAR MARCO DEL PONT

Las naciones americanas tienen una evolución histórica distinta de la cumplida por la mayoría de los demás países por carecer la nuestra de esa etapa nebulosa que configura plásticamente los orígenes respectivos con personajes heroicos y hechos legendarios y que ofrece una conexión íntima con el desenvolvimiento posterior, conservando su vitalidad a través de las diversas manifestaciones con que responde cada pueblo a sus problemas sucesivos. El que nos dió origen se encontraba en pleno desarrollo, claramente diferenciada su nacionalidad, y trajo conjuntamente con sus caracteres raciales su organización y su expresión y por eso la Revolución y la guerra de la Independencia no nos sorprende, por así decirlo, en blanco.

Se había operado una transferencia completa de una cultura a un nuevo escenario geográfico, rechazando todo contacto con la que practicaban los aborígenes, quienes fueron desplazados sin que se realizara compenetración alguna.

La vida de la Colonia, al llegar a Mayo, había gozado de pocos años de estabilidad, estremecida por el ritmo pujante de la expansión, y no había podido cantar sino en escasas manifestaciones la influencia fecunda de la tierra nueva.

A un pueblo sojuzgado por otro, le basta, al romper las ligaduras, continuar desarrollando la propia vida para percibir satisfactoriamente su identidad; pero en la Revolución Americana, al separarnos de la metrópoli, el hecho político y su afianzamiento militar no bastan y no es lo que más preocupa, sino que nace el imperativo de diferenciarnos puesto que esta diferenciación no está dada aún en nuestra existencia, ya que era casi la misma, o si se quiere, una parcela, de la hispánica. La afirmación de la independencia entraña entonces una renovación que, como sabemos, se realiza tomando apoyo en las concepciones imperantes en las naciones europeas más evolucionadas que desde tiempo atrás intentaban ejercer su influencia en diversas formas.

Vemos entonces que nuestra formación histórica carece de un tiempo primitivo heroico, pues se inicia con formas culturales ampliamente desarrolladas y aunque tomáramos esos elementos iniciales desligándolos del proceso y el país que les dió origen para radicar en ellos la base de una filiación nacional propias, nos sale al paso el esfuerzo cumplido en el siglo pasado que tendió a estructurarnos según los ideales conocidos y a imprimirnos una fisonomía cuyas líneas no habían sido trabajadas en el molde heroico de la tierra.

Expliquemos que a lo que llamamos heroico damos el significado exclusivo de expresión nativa;

no tomamos en cuenta hazañas en su mero hecho sorprendente, realizadas por el individuo que se distancie por ello mismo, hasta desligarse de sus coterráneos sino a la gesta que dá el sello típico a todo un pueblo, y lo saca de la obscuridad liminar, destacándolo y mostrando los rasgos ya dados potencialmente en su constitución étnica, en su carácter trabajado por la tierra que habita y la labor que realiza inmanentes en los usos, en el habla y en el saber locales. Las primeras exteriorizaciones que la trasciende y lo señala en forma inconfundible son simples y generalmente épicas, y su ejecución está a cargo de figuras que actúan con espontánea genialidad pero en íntima vinculación con el pueblo que las sigue como si fueran el filo que abre la brecha para dar curso a la corriente volitiva general. Son, bien de carácter político cuya consecuencia básica es la unidad lograda en la participación común, o bien tienen otras formas paralelas de la creación cultural, poéticas, jurídicas.

Es el núcleo vivo que late en su entraña mientras conserva capacidad de hacer historia. Sobre él va acumulando cronológicamente como sucesivas envolturas los diversos períodos en que va decantando, en un proceso de permanente revelación las creaciones de su mentalidad, y en las fases más avanzadas, perdidos los acentos agrestes de los primeros tiempos es posible advertir aún su ritmo peculiar. Las figuras que lo sirven valen permanentemente por su fuerza significativa, pues sus vidas ejemplares contienen los elementos éticos, psíquicos, ideológicos, que tiene o desea tener por considerarlos más estimables cada pueblo. Advirtamos, como ejemplo, que ninguna importancia tiene para la mejor comprensión de la vida helénica que Ulises haya existido o nó, realmente; lo que importa en este caso es que se le atribuya el ingenio, hábil discurso, perseverancia y fiel amor patriótico que el heleno consideraba cualidades capitales de una vida bien lograda. Y recordemos cómo muestra el Cid, niño aún, a través del poema, la arrogancia vertical que sostiene una dignidad insobornable, y, maduro ya, un desinterés en las conquistas de las tierras que el moro usurpó a la Cruz, que constituyen módulos que rigen la mentalidad hispánica operantes en la idealidad que el Quijote representa, en las naves quemadas en las costas de Méjico y en el señorío personal que hace de cada español auténtico una rígida organización vital aferrada a la tierra que pisa.

Si buscamos en nuestra tierra esos elementos plasmáticos fundamentales en las expresiones que lo denuncien, hemos de tomar previamente

contacto con la acción militar. Sin embargo la gesta sarmantiniana con ser ella real y efectiva escaso influjo formativo ha tenido en la mentalidad nacional vigente. En cuanto surge la necesidad de mentarla, cae en manos de la generación que tiene los ojos vueltos hacia las "luces" europeas y la desmenuza en su encadenamiento causal y cronológico dándonos una versión inánime, bien cronificada, concluida definitivamente. Y realmente la figura central es demasiado singular. Como un viajero que hubiere pasado sin convivir con nosotros, su acción se ha realizado sustraída de los movimientos ideológicos que fermentaban en los centros directivos y al conducir el cuerpo vivo popular de la Revolución deja atrás el nuevo espíritu, indefinido aún. En su gestión y en su marcha ha empleado casi exclusivamente los elementos nativos y con ellos ha forjado el instrumento con que realiza su misión. Concluida ésta quedan aún resonando sus acentos épicos en el campo inmenso. Ha sido la fragua donde se batió el metal rudo de nuestros caudillos y el nuevo espíritu, esencialmente urbano, choca contra esta consecuencia. La crisis tiene una clara expresión en la figura que resume las cualidades del hombre de la tierra: Martín Fierro. Su destreza en el contrapunto, su saber pampeano, su alma indómita a la par que su resignación estoica ante las fuerzas de la Naturaleza y los poderes superiores hacen del suyo el temperamento típico. Pero esta creación literaria carece del optimismo rebotante de vitalidad que vence a adversarios extranjeros y conquista bienes y fama para el pueblo que representa; lejos de ello, testimonia el momento crítico en que su estirpe retrocede ante los avances de una civilización extraña. Es el viejo soldado de la Independencia confinado en las fronteras porque no tiene lugar en la nueva organización...

Y examinemos los motivos y finalidades que orientaron a los hombres que realizaron esta organización. Gravita en sus conciencias el imperativo de identidad ya señalado, en lucha con el complejo histórico-social originario y a satisfacer el primero y eliminar el segundo se encamina la gestión política que consume casi todo el siglo y destaca a nítidas personalidades que la realizan. Todo lo que rememora la colonización gestora es combatido en nombre de la civilización. La época no podía afirmar el espíritu de la tierra y sus expresiones características para buscar en él orientación pues esto sería contrario a la diferenciación anhelada. Tal vez juega un papel más im-

(Viene de la pág. 17).

tificando con sus respectivos mirajes sin afectar la continuidad que lo distingue. La aparición de un ideal forastero en el ámbito de una sociedad determinada es un acontecimiento que procede o de una conquista, o de la colonización de una cul-

portante que el que se le reconoce la necesidad de hacernos fuertes rápidamente pues el peligro de las grandes potencias está presente en todo el período.

La nueva nación crece desligada del sustratum vivo tradicional; Mayo ha cortado las ligazones políticas y se trata de eliminar también las históricas. Nutrir la nación con todos los bienes de la cultura ambiente y darle rango y fuerza de civilizadora es el fin en vigencia que se hace el eje de toda la acción tenaz de Sarmiento. Doctrinas políticas, sociales, económicas, son sólo instrumentos para llevarlo a cabo y que sustituye cuando así conviene.

Sarmiento fué quien vió con más honda sagacidad el canon existencial que regía la vida de nuestros pueblos y al contemplarla especialmente desde la distancia del destierro, su particularismo político, su aislamiento económico y su espontaneidad, por así decirlo, silvestre, y con ello, la persistencia de los caracteres hispánicos, los juzgó malos y débiles en comparación con la vida europea que proclamaba en esa época la posibilidad de llegar a regir la existencia mediante el imperio de la sistematización racional con rigurosa precisión, tal como el ideal progresista lo prometía y lo quiso también para su patria con la vehemencia y el empeño de su espíritu. Ese fin es la ruta que en ningún momento abandonó su recio amor vigilante. Para seguirla no mide los obstáculos ni espera su impaciencia constructiva ayuda, ni aprobación previas y lucha contra hombres, opiniones y costumbres produciendo la biografía del empeño ejecutivo, de la suficiencia personal.

Merced al enorme esfuerzo hemos hecho la experiencia de la cultura occidental en el estado en que se encontraba, pero según vivencias propias, quedando un divorcio indisoluble entre lo espiritual ideológico y lo vital nativo, que aún no se ha logrado superar. Nuestra formación no guarda pues, lisa continuidad con los elementos iniciales que España nos legara, modificados en contacto con la nueva tierra, y el hueco resultante no se podrá llenar con las motivaciones utilitarias del progreso y la inmigración de sangre y de ideas. Pero una conciencia americana que se va haciendo cada vez más clara, abre un compás de posibilidad en ese sentido, pero sólo ahondando en la raíz de nuestra vida, puede encontrarse un punto de apoyo para afirmar nuestra autenticidad, hondamente anhelada por nuestro tiempo.

tura por otra cultura.

Si esto es así ¿qué juicio solvente se atreverá a cargar sobre sí la responsabilidad de atribuir a la empresa educacional de Sarmiento el deliberado designio de someternos al vasallaje de

(Sigue en la pág. 23)

(Viene de la pág. 9)

concentran el ser en una especie de hispido repliegue sobre sí mismo, como la vegetación regional que es pura aspereza de pinchos y de taninos". (6)

El terruño de Quiroga es una especie de Palestina criolla, avasallada por el desierto de infinitud oceánica. Con habilidad maestra, Sarmiento sabe explorar el ambiente, identificar al hombre con su medio y no halla un modo mejor para introducirnos en la vida del personaje que haciendo su presentación en medio de la travesía imponente y aterradora que separa dos provincias mediterráneas. El tigre, la soledad, la distancia, hacen del gaucho un nómada y del caballo un complemento indispensable. "Sólo a caballo es hombre entero". Quiroga se disgustó con el gobernador de Santa Fé porque le retuvo su caballo moro. (7) No nos equivocamos al afirmar que el caballo ha hecho la mitad de la historia argentina. Recordad que fué un formidable galope de Rosas hasta la tienda de López, quizás el que con más estrépito hizo temblar la pampa, el que decidió los destinos de la República después de la anarquía en el año 1820.

Con todo el vigor de su genio nativo, Sarmiento ha diseñado en el famoso Tigre de los Llanos los caracteres más salientes del caudillo argentino, hasta hacer de él el tipo humano más significativo del mundo americano, sólo comprensible en función de su medio histórico y geográfico. Señala el camino que conduce al caudillo desde el teatro, por lo general inédito, de la fechoría, hasta la gloria, que otorga el poder y la admiración de las muchedumbres. Pero fuera de ese caudal de vida aventurera y la profunda idoneidad gaucha, hay otras circunstancias que concurren a explicarnos con más segura claridad el fenómeno del caudillismo en el complicado engranaje de la vida social y política de aquellos tiempos. El mismo Sarmiento insiste acerca de un hecho que ve repetirse en todos los caudillos. Etapa ascendente de su carrera es el grado de comandante de campaña. Con este título, Facundo y Rosas extendieron su dominio e impusieron definitivamente sus voluntades omnímodas. Si se sigue con atención este proceso, se verá que Rosas obtiene del gobernador Balcarce la comandancia de campaña, resorte político de su futura acción contra los indios y ampliación de sus estancias, cuando ya su competencia en los negocios de la carne y su talento administrativo lo acreditan como la cabeza más visible de la oligarquía porteña. De rastreador y baqueano, después de haber roto relaciones con sus padres, conductor de ganados, hasta los negocios como "gerente" del "trust" saladeril en la provincia de Buenos Aires, va escalando Rosas posiciones en la vida pública. Del mismo modo que Rosas ejercía el monopolio del abastecimiento de la carne, Facundo lo realizaba con las ciudades del N. E. argentino. El comandante de campaña,

hijo de estancieros y estanciero él mismo en los Llanos de la Rioja, se convirtió en poderoso acudalado, haciéndose pagar en cabezas de ganado sus gastos de guerra, de tal modo que al término de 10 años era dueño de la mitad de la hacienda existente en las tierras sujetas a su señorío. Y así como Rosas tenía su Banco Provincial, Facundo tenía la Casa de Moneda, con miles de acciones que nunca pagó.

El gaucho posee una voluntad romántica de mando y una imaginación brotada de imágenes ardientes. De la tierra ha adquirido la destreza para andar a caballo, la seguridad incierta de su existencia, la gaya ciencia de la naturaleza y aquel sexto sentido del rastreador. Su prestancia altruista y soberbia, compatible con la resignación y el sufrimiento, proviene del medio circundante, que le abre todas las posibilidades para una vida regalada y heroica. Es melancólico por esencia y por hábito. Su mirar se torna triste y profundo a fuerza de recorrer la distancia incomensurable que se extiende más allá de los dilatados párpados del horizonte, que por todas partes le rodea. "Esta inseguridad de la vida, escribe Sarmiento, que es habitual y permanente en las campañas, imprime a mi parecer, en el carácter argentino cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra; y puede quizá explicar en parte la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven impresiones profundas y duraderas". (8) Su desprecio de la ley no se funda solamente en su desmedido amor por la libertad y temple de bravura. Son numerosas las circunstancias sociales que explican la índole del gaucho, surgido como un nuevo Dios en las praderas argentinas. Así se formó poco a poco un estamento social indisciplinado y rebelde, pero cuya intimidad de alma no dejaba de estar tocada por un fondo noble y poético, que el cantor popular ponía de relieve con espontaneidad lírica y colorido nativo. Con esta pasta se hallaba conformado el caudillo, personaje eminente de la historia patria. Reunía todas las cualidades más significativas del gaucho, en medida necesaria para exaltar su figura hasta la dimensión épica y la leyenda se posesionaba de él como encarnación viva de las aspiraciones latentes. Las masas argentinas han manifestado siempre una fuerte vocación hacia el caudillismo y para explicar este fenómeno en nuestro país es preciso no perder de vista la estructura espiritual de la comunidad.

Si sólo con el caballo y el cuchillo es hombre entero, sólo con la guitarra y el canto es poeta. Lo es por lo que tiene de más íntimo su temperamento esencial. "Existe, pues, testimonio Sarmiento, un fondo de epopeya que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra. La poesía, para des-

pertarse, porque la poesía es, como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano, necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad de la extensión, de lo vago de lo incomprendible; porque sólo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal. Ahora yo pregunto: ¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la R. A. el simple acto de clavar los ojos en el horizonte y ver... no ver nada? Porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte. He aquí ya la poesía. El hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que lo preocupan despierto. De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza". (9)

El ideal de una vida más bella imprime en el carácter de un pueblo la necesidad de expresarse con formas estéticas. En la Edad Media europea se acusa con acento solemne y cromática vivacidad. El gaucho tuvo ese ideal; pero también fué nostalgia. Le vino de Europa, a través del español, cuyo espíritu continuaba en estas tierras de América, en que decanta con modalidades típicas que hemos llamado criollas. Para darnos cuenta, basta penetrar en la intimidad de su voluntad nómada, su prestancia heroica — el duelo es la expresión más visible —, sus torneos deportivos — carreras de **parejeros**, corridas de sortijas y juego del "pato" prohibido por las autoridades a mediados del siglo XIX — y por último su alma trovadoresca y romántica. "Trovador de abolengo, había traído de Andalucía la guitarra, confidente de sus amores y estímulo de sus donaires. Sentado sobre un cráneo de potro o de vaca, bajo el alero del rancho, o bien sobre las salientes raíces de un ombú, tañía las armónicas cuerdas para acompañar sus canciones dolientes o chispeantes, a cuyo ritmo bailaban los jóvenes. De este modo se unían en una sola manifestación, como en las culturas primitivas, las tres artes: danza, música y poesía. En la danza alternaban movimientos graciosos, casi solemnes y alegres zapateos. En la música — **cielitos, vidalitas, tristes** — a veces no sin marcado sabor morisco — recordaba las melodías populares de la bendita tierra de los claveles y de las castañuelas. En la poesía, todo era espontaneidad y gracejo. Olvidadizo y versátil, no poseía romances tradicionales, de esos que se perpetúan de padres a hijos, sin alterarse fundamentalmente el texto. Su característica era la improvisación, generalmente lírica, y en ocasiones, picaresca. Abandonándose a la inventiva e inspiración del momento, también en lo poético, como en lo econó-

mico, el gaucho vivió siempre al día. "Su costumbre de repetir poco las trovas ajenas y de olvidarlas, y su aptitud imaginativa para improvisar acompañándose con la templada guitarra, produjeron el arquetipo de la raza: el **pa'ador!** Era profesional de la poesía y la música, el rapsoda errante que se disputaban las mozas y andaba de pago en pago luciendo su incomparable habilidad. Se le requería, se le agasajaba, se le amaba; su sola presencia implicaba una fiesta en aquellas soledades donde casi no se conocía más género de diversiones públicas que las riñas de gallos. Maestro en su doble arte, manejaba con sin par donosura el castizo lenguaje gauchesco, conservado con ligeras modificaciones locales como lo importaran los conquistadores en el siglo XVI aunque reduciendo desgraciadamente el vocabulario por carencia de literatura escrita. Era fértil en imágenes, como los poetas orientales; casi no se expresaba más que con metáforas y en estilo figurado. Fácil lirismo tenía en el fondo del alma y el chascarrillo a flor de piel. Prolongaba inmensamente notas trémulas, vibrantes, cálidas, que se dirían nacidas, más que de humano pecho, de las entrañas mismas de la pampa como por evocación divina. Con tal soltura versificaba en el octosílabo de los romances viejos, barajando asonancias y consonancias, que el verso parecía su natural medio de expresión. Por eso nadie le igualaba en inventar la cuarteta de oportunidad, con la que entablaban dos cantores ante la rueda de público y animados por sus aplausos, la **payada de contrapunto**. Consistía ésta en una especie de torneo del ingenio: los contrincantes se proponían el uno al otro, chunqueándose, oscuros y cándidos enigmas. Al sentirse rendido por el esfuerzo de contestar en rimas y de improviso, tenía el más débil que poner punto final a la retórica contienda, terminada alguna vez en sangrienta lid". (10)

Lástima grande que no dejara escritas sus trovas y romances, porque así tendríamos también nuestro romancero!

El movimiento romántico fué entre nosotros la tentativa más seria en busca de una expresión nacional. Y no solo en arte; también la política y la filosofía se alimentaron de la ubre sentimental. El romanticismo se caracterizó por una exaltación del sentimiento y la tendencia a intelectualizar las fuerzas afectivas del alma. Mucho incienso se quemó en el túbulo del espíritu popular, porque a la verdad sea dicho jamás una escuela literaria gravitó más fuertemente sobre el alma colectiva. Pero un excesivo respeto a la pereza acabó por enervar la voluntad. Al emprender su acción revolucionaria contra la norma universal, clásica, objetiva y fría, se dispuso revelar las particularidades: los valores de la personalidad y el ser histórico de la nacionalidad. En política, también los sansimonianos consideraban a la Nación como el núcleo básico del género humano. Es oportuno

tuno recordar aquí que el romanticismo, a causa de su voluntad mística inmanente, tiende a hacer de la nación la única realidad superior y desarrolla energicamente los rasgos internos de una comunidad de vida. Las tres obras más importantes de nuestra literatura y que más han contribuido a nuestro conocimiento en el extranjero, son "La Cautiva", "Facundo" y "Martín Fierro", nacidas al amparo excelso del verbo hugoniano. El asunto del poema "La Cautiva" es el paisaje; el de "Facundo", el tipo humano y "Martín Fierro" nos describe la vida del gaucho. Estas obras son, en el fondo, los tres grandes capítulos de una sola. "Don Segundo Sombra" es "Martín Fierro" puesto en prosa, como éste es una novela en verso. En el libro de Güiraldes, por lo demás, se reeditan las situaciones del *maître de gaucherie* y el consabido *leitmotiv* del gaucho caído en desgracia y perseguido por la justicia.

El "Martín Fierro", ha escrito don Alejandro Korn, es la elegía de un descenso crepuscular. Basta confrontar el "Facundo" con el poema novelado de Hernández, para comprobar la exactitud del pensador citado. El gaucho de Sarmiento es el hijo libre de la pampa, con su amor a la libertad, el odio a las ciudades, y su voluntad romántica de mando que lo trasmuta en caudillo. Su fe religiosa tiene las formas mágicas de la idolatría y la superstición. Se santigua en los momentos de peligro y apenas si comprende el misterio de un culto que se traduce por la señal de la cruz. "Cree en Dios como en un patrón que nunca visita la estancia". Es un creyente laico, ingenuo y primitivo. Carentes de religiosidad. — Rosas no tiene ideas religiosas ni morales, se lee en la semblanza que hizo del gobernador porteño Domingo de Oro — los caudillos de la Vandea americana practicaron la guerra civil al grito de "Religión o muerte". Resabios coloniales, que le vienen del conquistador, como su mansedumbre discolorada, su resignación altanera y su orgullo de pobre. Pero ha heredado la astucia del indio. Y en la guerra de montonera reedita la pujanza broncínea del malón y la táctica invulnerable de la guerrilla española.

En cambio, este gaucho aparece en "Martín Fierro" como el esclavo sometido al imperio material de la organización económica y política traída por el ideal positivista. El *gringo* ha desplazado al criollo. La grandeza del país se ha enajenado a intereses extraños. Los sueños se han realizado, pero la nueva realidad es dura. En la aspereza de la lucha diaria, de los intereses encontrados y del imperialismo que acogota la nacionalidad incipiente, el gaucho es una cifra más en el vasto proletariado de las campañas. Latente el tipo, su función ha variado en la sociedad que adviene. El gaucho propietario es desposeído por medio del impuesto. Desheredado, es perseguido por la justicia y no le queda más recurso que: o hacerse gaucho malo o someterse al pueblera. En

verdad esta política fué iniciada por Rosas. Hizo dictar una ley de represión de la vagancia y fueron cientos los gauchos que engrosaron el famoso cuerpo de caballería de los Colorados del Monte, sometidos a la severa disciplina del ejército de línea.

Han cambiado las condiciones internas de la vida argentina. Pero subsiste la pampa, no obstante haberse multiplicado las ciudades populosas, sometido a la industria agrícola su piel ubérrima y cruzado en todas direcciones con líneas férreas y telegráficas. Subsiste el tipo humano, aunque se ha modificado su función social. Su ordenamiento en la vida nacional, no se traduce ya como oposición a un orden nuevo que quiere imponerse sobre la tradición, sino más bien como rebeldía contra una organización que explota su trabajo y sus sueños. El lugar del gaucho es ocupado por un proletariado pujante que puede hacer suya la frase de Sarmiento: "Traigo los puños llenos de verdades"!

Las tentativas tendientes a una expresión artística propia han tenido aquí, en América, honda acogida. "Apenas salimos de la espesa nube colonial al sol quemante de la independencia, sacudimos el espíritu de timidez y declaramos señorío sobre el futuro. Mundo virgen, libertad recién nacida, república en fermento, arduamente consagradas a la inmortal utopía: aquí habían de crearse nuevas artes, poesía nueva. Nuestras tierras, nuestra vida libre, pedían su expresión". Andrés Bello inició el movimiento americanista hacia el año 1823. Siguió después el romanticismo, que ha tenido entre nosotros la gloria de crear una obra perdurable de carácter nacional. Duró hasta que el calumniado *modernismo* abatió la pereza habitual del bardo gaucho. Limitó el nacionalismo exclusivista y enunció la fórmula: pensar en América, sin olvidar a Europa.

Las generaciones actuales se inquietan de nuevo con el problema. Motejan de excesivamente europeizante a la generación anterior y anhelan hundirse plenamente en las aguas aún bastantes turbias de lo autóctono. Esto, que puede ser comprensible en países donde el elemento indígena y meztizo forma la parte más numerosa de la población, no se justifica en la Argentina, cuyas capas étnicas están más europeizadas. El idioma mismo conspira contra un arte puramente indígena y señala que no podemos cerrar los ojos a la Europa y menos a España. Por lo demás, el ser de la cultura es universalista, en tanto que lo autóctono es individual, histórico. Y como lo autóctono necesita de la cultura para elevarse al rango de una categoría universal, se ve claro que ambas actitudes se implican hasta el punto de fundirse en la unidad superior a que aspiramos: **nacional por esencia, universal por trascendencia**. Las obras más representativas del genio nacional, son también las que poseen más valores universales.

Los elementos concretos de una cultura, en

los que toma el arte el sentido viviente de su expresión, se acuerdan en el hombre tipo, las condiciones reales de existencia y las estructuras espirituales conforme las cuales el hombre se realiza históricamente. A estos elementos hay que agregar un cuarto: el ideal de vida. Está presente en todo arte, aun en aquel de más acentuado sesgo materialista. Dimensión psicológica que es preciso fortalecer y no olvidar. Quizás por ello Malraux ha recomendado a los jóvenes escritores de la Unión Soviética el estudio de sus clásicos, principalmente Dostoiewsky. En última instancia, lo que se persigue es el arquetipo Quien habla del Quijote, recuerda al español; en Fausto se nos hace presente el carácter alemán; en cualquier obra del genial eslavo, el carácter ruso. Pero es notable comprobar que España es el pueblo que tipos más puros ha producido en el arte: el Cid, la Celestina, el místico, el héroe, don Quijote y Sancho, el villano, el pícaro, etc. Sólo el anglo-sajón se le acerca. La explicación de este hecho la encuentro en el realismo del arte español, fuertemente contenido en un ideal de vida sentido en la raíz del alma nacional. El genio francés no nos ha dado ejemplares típicos. Es que el genio francés está

(1) "Problèmes Littéraires". — Revista "Monde". — Noviembre 1934.

(2) "Filosofía de la Sociedad y de la Historia". — Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata. — Año 1934.

(3) "La Ciudad Indiana". — Ed. Estrada. Pág. 6.

(4) "Seis Ensayos en busca de Nuestra Expresión". — Ed. B. A. B. E. L.

(5) "Facundo". — Pág. 26. Ed. "Claridad".

(6) "Historia de Sarmiento". — Pág. 25. Ed. B. A. B. E. L.

(7) El general José M. Paz, en sus "Memorias", trae una interesante anécdota, que me parece oportuno recordar: "Un sujeto de los principales de la Sierra, comandante de milicias Güemes Campero, había hecho toda la campaña que precedió a la acción de la Tablada, con Bustos y Quiroga; vencidos éstos, se había retirado a su departamento y después de algún tiempo que se conservó en rebeldía, fué hecho prisionero y cayó en mi poder. No tuvo más prisión que mi casa, donde se le dió alojamiento, sin más restricción que no salir a la calle; por lo demás asistía a mi mesa y comunicaba con todo el mundo. Un día estando comiendo, algunos oficiales tocaron el punto de la pretendida de Quiroga con seres sobrehumanos, que le revelaban las cosas secretas y vaticinaban lo futuro. Todos se reían, tanto más cuanto Güemes Campero calla-

conformado para los valores lógicos y lo universal absoluto. Su arte tiende, pues, a la categoría racional, con lo que cae siempre en la convención y el artificio. En las sociedades en que la vida es más solidaria y fuerte, el ideal más simple y de más elevada dignidad jerárquica la personalidad humana, es más natural la emersión del arquetipo. El argentino lleva dentro de sí la entraña española. El idioma y la sangre certifican la autenticidad de la estirpe progenitora. Es realista, sin que su realismo esté reñido con el ideal de vida más alto. Sarmiento lo demostró con su programa utilitario de progreso y el inmenso sueño que alentó su obra. Quizá sea por ello que el argentino también decanta sus arquetipos. Pero habrá alcanzado a expresar el definitivo? Será Facundo? Será Martín Fierro? El hombre argentino no pide su expresión. Hay muchas zonas inéditas que explorar todavía y muchos errores en nuestra historia que enmendar. Debemos someternos a la fértil experiencia de nosotros mismos. Es la mejor manera de fecundar las creaciones del espíritu con aquello que es más universal y concreto: el hombre. Cumplido el aprendizaje, habremos adquirido conciencia de nuestra salud y perfilado el tipo de nuestra perfección moral.

ba, evitando decir su modo de pensar. Rodando la conversación, en que yo también tomé parte, vino a caer en el célebre caballo moro, confidente, consejero y adivino de dicho General. Entonces fué general la carcajada y la mofa, en términos que picó a Güemes Campero, que ya no pudo continuar con su estudiada reserva; se revistió, pues, de toda la formalidad de que era capaz y tomando el tono más solemne dijo: Señores, digan ustedes lo que quieran, ríen cuanto se les antoje, pero lo que puedo asegurar es que el caballo moro se indispuso terriblemente con su amo el día de la acción de la Tablada, porque nosiguió el consejo que le dió de evitar la batalla ese día; y en prueba de ello, soy testigo ocular que habiendo querido, poco después del combate, mudar caballo y montarlo (el General Quiroga no cabalgó el moro en esa batalla), no permitió que lo enfrenasen por más esfuerzos que se hicieron, siendo yo mismo uno de los que procuré hacerlo, y todo esto era para manifestar su irritación por el desprecio que el General hizo de sus avisos. Traté de aumentar algunas palabras para desengañar a aquel buen hombre, pero estaba tan preocupado que me persuadí que era por entonces imposible".

(8) "Facundo". — Pág. 16. Ed. "Claridad".

(9) "Facundo". — Pág. 31. Ed. "Claridad".

(10) Carlos Octavio Bunge: "La Literatura Gauchesca".

(Viene de la pág. 19)

una cultura extranjera? ¿No parece más ajustado a los rectos principios de la crítica histórica aplicar al examen de esa empresa un criterio que, colocándose por arriba de la imputación de una intencionada transgresión a la constante propia del ser de nuestra sociedad, en cuya propalación se complace, empujada por móviles subalternos, la suspicacia sectaria, la refiera, con sus imperfecciones y sus inadvertencias, al advenimiento de

todo un momento dialéctico del ideal que presidió la vida de las comunas de origen?

Quién tenga conciencia de pertenecer a una sociedad que se realiza en el tiempo de acuerdo a un insobornable sistema de fines, precisará con esta actitud el profundo sentido de ese advenimiento y se situará de pleno en las direcciones históricas de tesitura facundica que contienen la clave del fenómeno Sarmiento.

LIBROS Y REVISTAS

ISLA. — Habana. — N° 15, 16.
 MASTIL. — Pan de Azúcar (Rep. del Uruguay). — No 5.
 IDEAS. — San Luis. — Año V, N° 49 y 50.
 LA INFORMACION. — Chinandega — Nicaragua. — Director Domingo Ramírez G.
 BOLETIN MENSUAL DE LA ESCUELA FISIATRICA de Atenas Yamarina (Matanzas).
 POLITICA AGRO-PECUARIA DEL GOBIERNO DE CORRIENTES. — Corrientes, 1938.
 POLITICA ECONOMICA DEL GOBIERNO DE CORRIENTES. — 1938.
 CONFERENCIAS LITERARIAS. — La poesía argentina actual. — Las poetisas argentinas. — Elogio de los poetas de Corrientes. — Corrientes, 1938.
 REVISTA DE LA JUNTA DE ESTUDIOS HISTORICOS DE SANTA FE.
 CORRESPONDENCIA INDO AMERICANA. — Buenos Aires.
 CENTRO. — Notas sobre Historia de Santiago. — Santiago del Estero, 1937.
 REVISTA DE LA JUNTA DE ESTUDIOS HISTORICOS DE MENDOZA. — Director: F. Morales Guinazu.
 BOLETIN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA DE PANAMA.
 UNIVERSIDAD. — Mensual de cultura popular. — México.
 UNIVERSIDAD. — Publ. de la U. del Litoral. — N° 3 — 1937.
 CORREO DE LA OFICINA DE COOPERACION INTELECTUAL. — Unión Panamericana. — Washington D. C. — 1938.

HISTORIA Y MITOLOGIA, por Oscar Edwards Bello. — Santiago de Chile.
 DIEZ POEMAS SIN POESIA, por Nicolás Olivari. — Ed. Destiempo, 138. — Buenos Aires.
 LOGICA, por Francisco Romero y Eugenio Puscicarelli. — Buenos Aires, 1938.
 FILOSOFIA DE LA PERSONA, por Francisco Romero. — Buenos Aires, 193.
 MAX SCHELER y "EL PUESTO DEL HOMBRE EN EL COSMOS", por Francisco Romero. — Buenos Aires, 1938.

El Expectador Habanero, Abril 1937. En el artículo intitulado "Un espectáculo deplorable" Juan Enrique Runquen insiste, como debe insistir todo americano en que debemos conocernos. Limita un tanto su crítica a Norte América pero su afirmación puede bien generalizarse a todos los americanos cuando nos separa cierta distancia. Es menester aproximarnos espiritual y materialmente y "defendernos" de toda imposición que no sea "auténtica" expresión nuestra o condiga con ella. Es preciso que América sea nuestra América.

El análisis sintético que de la forma y medios precisos para incorporar al indio a la civilización, aproximándolo al resto de la comunidad, hace Don Mario E. Balboa R. en "Incorporación del indio a la civilización" nos muestra la gravedad del problema y la necesidad de obrar frente al indígena sin aires de superioridad sino solo, y como se hace en Méjico, de adoptar los elementos indispensa-

PERSONALIDAD Y CONDUCTA DEL NIÑO, por Telma Reca. — Santiago de Chile, 1938.
 LA PEDAGOGIA DE LA PERSONALIDAD, por Juan José Arévalo. — La Plata, 1937.
 CATERVA, por Juan Filloy. — Buenos Aires.
 ENSAYOS SOBRE LA EXPRESION POPULAR EN SANTIAGO, por Bernardo Canal Feijóo. — Buenos Aires, 1937.
 PASION Y MUERTE DE SILVERIO LEGUIZAMON; por Bernardo Canal Feijóo. — Buenos Aires, 1937.
 LA AUTONOMIA DE SANTA FE. — Sus orígenes, por S. Montana Dana. — Santa Fe.
 DESCARTES. — Fac. de Filosofía y Letras de Buenos Aires. — Tres volúmenes, 1937.
 LAS CORRIENTES CONQUISTADORAS DEL RIO DE LA PLATA. — Angel S. Caballero Martín. — Santa Fe, 1938.
 ULRICO SCHMIDL. — Derrotero y Viaje a España y Las Indias. — Trad. y com. de Edmundo Wernicke, prólogo de Josué Gollan (h.).
 INST. SOCIAL DE LA U. DEL LITORAL. — 1938.
 DIMENSIONES DEL HOMBRE, por Alberto Hidalgo. — Buenos Aires, 1938.
 TIEMPO DE ANGUSTIA, por María de Villarino. — Buenos Aires, 1938.
 LA INTERPRETACION RELIGIOSA DE LA HISTORIA, por José María Rosa.
 L'ORDRE NOUVEAU. — Boulevard Raspail 107. — París.
 EL BOSQUE SIN LEYENDA, por Oreste Di Lullo. — Sgo. del Estero, 1937.
 COMPOSICION GEOMETRICA, por Pedro Juan Vignale. — 1938.
 ACTORES Y ESPECTADORES, por Julio Irazusta. — Ed. "Sur".
 EL PROBLEMA DEL ARTE Y EL ARTISTA CONTEMPORANEOS, por Jorge Romero Brest.
 UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA. — Medellín. — Colombia.
 UNIVERSIDAD DE LOS ANDES. — Mérida. — Venezuela.
 TRIBUNE. — Bruselas.
 LOS DERECHOS DEL HOMBRE. — Buenos Aires.

bles para que fluya nuevamente él su propia vida en y dentro de sus posesiones y sirva de este modo a la comunidad. Esta acción mejicana así como los resultados que se vayan obteniendo debían hacerse conocer para ejemplo de los americanos.

Don Gerardo de Valle sostiene que debe ser "el libre albedrío, la consulta nacional, la que dicte para siempre los postulados afines a nuestra estructura espiritual", refiriéndose a su tierra "Cuba". Sus palabras intituladas "Política, gobierno y realidad" encierran conceptos ajustados del sentido amplio de la política. Todos debemos ocuparnos de política: artistas, escritores, científicos, profesores, obreros, comerciantes... todos constituyen la gran cámara política de los tiempos modernos. Cada ciudadano debe ser un delegado, alerta a estudiar qué precisa su sector". Eso creemos nosotros.

T. F.

10 — En todos los casos en que proceda la caducidad a que se refieren los incisos c, d, e, f, y h del artículo anterior, los jueces competentes deberán declarar si hay o no lugar a resarcimiento pecuniario, fijando el monto, en su caso.

INTERNACIONALES:

- 11 — El Estado federal intercomunalista es el órgano de expresión de las comunas y tiene a su cargo las relaciones internacionales.
 12 — El Estado federal intercomunalista dispondrá de toda la fuerza necesaria para hacer respetar en el extranjero los intereses argentinos.
 13 — El Estado federal intercomunalista sólo podrá celebrar tratados que obliguen al pueblo argentino como persona justiciable ante el derecho internacional con aquellos países organizados de acuerdo al principio de la autodeterminación de los pueblos.
 14 — En consecuencia, no participará en ninguna forma de la Sociedad de las Naciones.
 15 — El Estado federal intercomunalista reconoce el arbitraje como principio rector en sus relaciones internacionales.
 16 — La guerra sólo podrá ser decretada por el voto directo de las comunas.
 17 — La Argentina pagará las deudas pendientes con el extranjero en la medida en que lo permita su capacidad económica. Las comunas determinarán periódicamente el saldo exportable de sus productos destinado a dichos pagos.
 Es lícito suspender el pago de las deudas a las personas y a los países extranjeros que de cualquier modo dificulten la colocación racional de los productos destinados a la extinción de las deudas.

DE LA ASISTENCIA SOCIAL:

- 18 — Las comunas tienen la obligación de subvenir a las necesidades de los funcionarios incapacitados, temporal o permanentemente, para el trabajo, sea por accidentes o por causas naturales.
 19 — Corresponde instituir una asistencia social destinada a extirpar las enfermedades creando un cuerpo de higiene y de salubridad dotado de amplios poderes para sus fines y con facultades de establecer estaciones climatéricas, lazaretos y colonias de vacaciones.

JUDICIALES:

- 20 — La justicia idónea es el primer deber de la comuna.
 21 — Corresponde revisar la codificación vigente con el propósito de adecuarla a las finalidades de este programa.
 En consecuencia:
 a) La codificación civil deberá limitar al primer grado el derecho de sucesión y deberá reconocer a la comuna un derecho sucesorio equivalente a la mitad del acervo. Así mismo, deberá establecer las restricciones al dominio que convengan a los intereses sociales.
 b) La codificación penal acentuará la defensa de la vida y el honor de las personas.
 c) La codificación comercial contemplará las limitaciones de la ganancia y el contralor de las actividades capitalistas.
 d) La codificación procesal será simplificada.
 22 — Corresponde establecer la unidad de legislación y de fueros. Se impone la inmediata supresión de los fueros de excepción.

DOCENTES:

- 23 — Corresponde la adopción de un plan docente concebido de acuerdo a las nuevas corrientes peda-

gógicas que comprenda todo el proceso formativo del individuo; que sea dúctil y flexible de modo que se adapte a las condiciones materiales, morales y espirituales de todas las comunas y facilite la exaltación de sus notas originales.

- 24 — Responderá a un sistema compuesto de Jardines de Infantes, Escuela primaria, Escuela media, Institutos Culturales (Colegio Nacional, Colegio de Ciencias e Industrias, Colegio Normal de Preceptores, Colegio de Bellas Artes y Colegio Profesional de Varones y Mujeres), Facultades técnicas y Laboratorios de Investigaciones.
 25 — Las Facultades encargadas de formar técnicos dedicarán dos años, por lo menos, de sus respectivos cursos a realizar enseñanza práctica en las regiones del país que les señalará el poder público. No se otorgarán títulos profesionales a los estudiantes que no hayan cumplido dicha práctica.
 26 — El Profesorado se formará mediante una rigurosa selección de los estudiantes que demuestren vocación para el magisterio. El Estado otorgará becas a aquellos estudiantes que necesiten realizar estudios fuera del país con cargo de presentarse, al cabo de sus estudios, el certificado o título correspondiente. Dicho certificado o título conferirá a su poseedor el derecho a la función docente.

DE LA PRENSA:

- 27 — Reafirmación de la libertad de prensa.

ECLESIASTICAS:

- 28 — Corresponde la separación de la Iglesia del Estado.

LINEAS GENERALES DE LA ORGANIZACION POLITICA

- 29 — Integran la organización política del comunismo federalista:
 a) El Consejo Comunal compuesto de cinco miembros elegidos periódicamente, por el voto directo de sus miembros varones que hayan cumplido veinte años de edad.
 b) Un Congreso Federal formado a razón de diez representantes por cada Provincia, elegidos por el voto de las Comunas existentes o que se crearen dentro de los límites actuales de cada Provincia.
 c) Los actuales territorios nacionales se consideran Provincias.
 d) Un Comité Ejecutivo Federal compuesto de cinco miembros elegidos por el voto directo de las Comunas. Durarán tres años y serán revocables.
 e) Un Tribunal Federal compuesto de siete miembros elegidos por el voto directo de las Comunas.

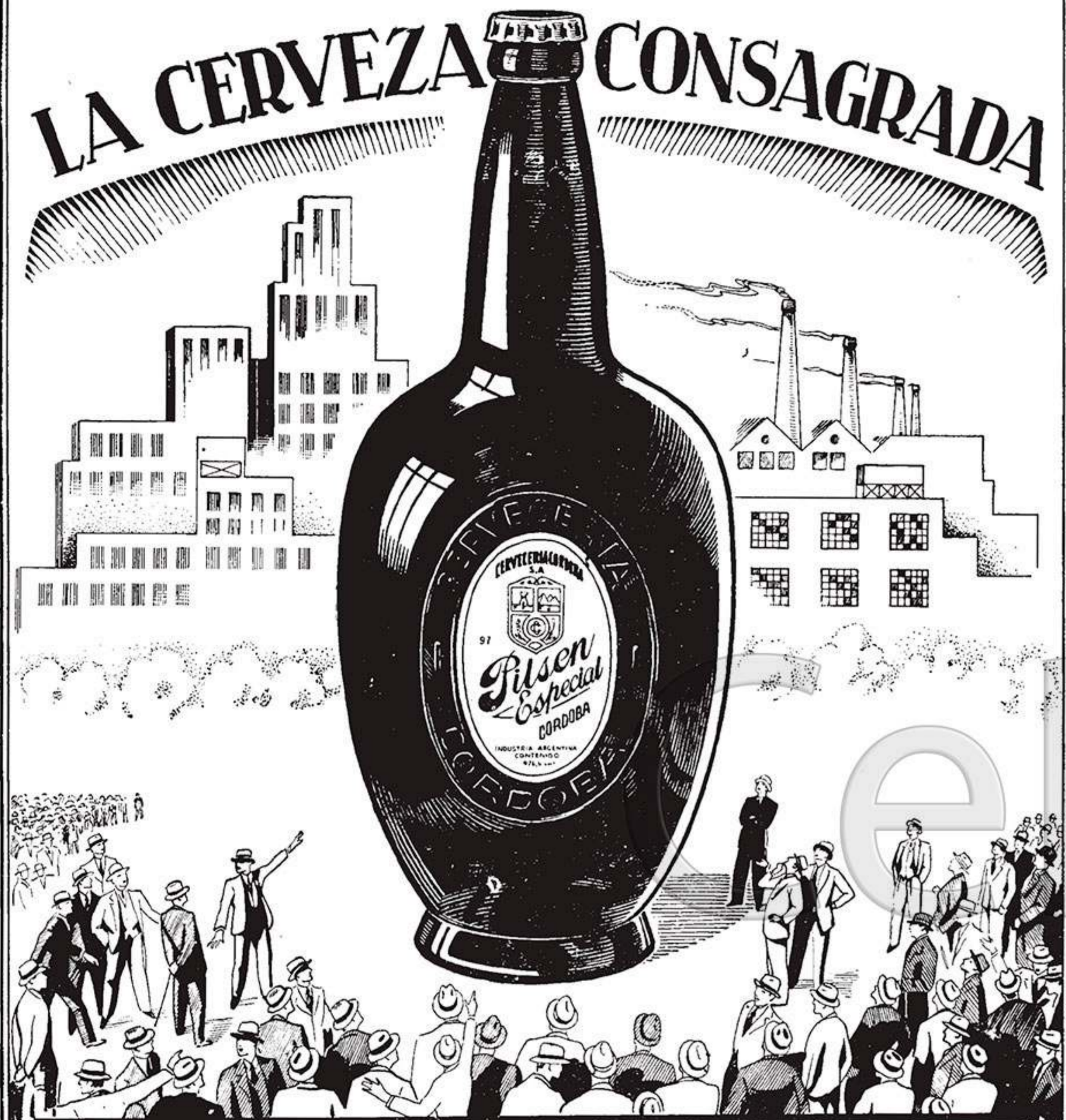
MEDIOS DE ACCION:

- 30 — El Comunismo Federalista se valdrá para el logro de sus propósitos:
 a) De la propaganda oral y escrita.
 b) De la acción política.

DECISIONES ESPECIALES:

El Comunismo Federalista declara: Que considera necesario el reconocimiento legal de la República Rusa de los Soviets. Que prestará su apoyo al frente único contra el fascismo y la reacción imperialista.

LA CERVEZA CONSAGRADA



CERVECERIA
CORDOBA

SOCIEDAD ANONIMA
PRODUCTOS DE CALIDAD